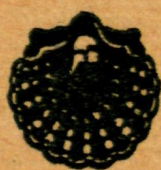


Revista de Español

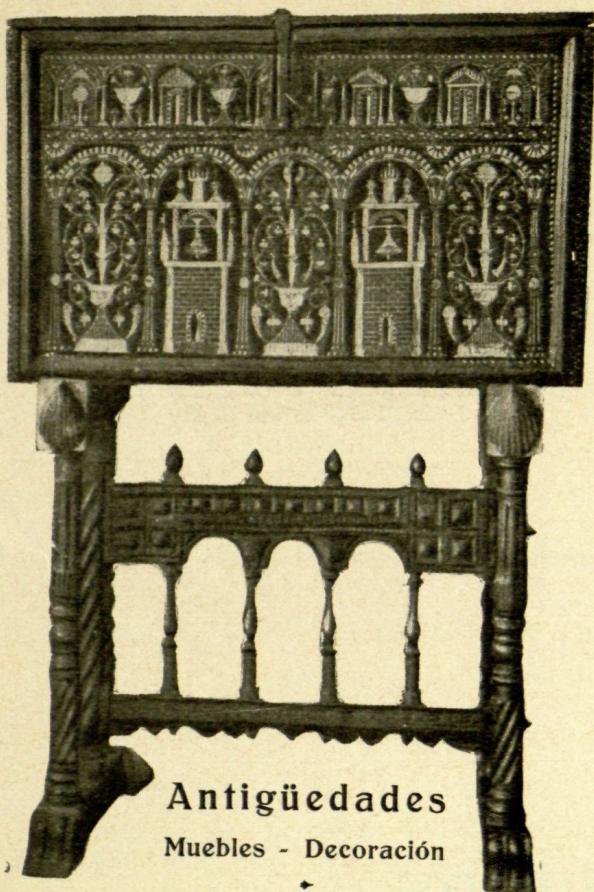
revista de
la sociedad
de amigos
del arte ■



año-1928
4º trimestre



antigüedades
eugenio terol
valverde 1 triplicado
(gran vía) madrid



Antigüedades
Muebles - Decoración

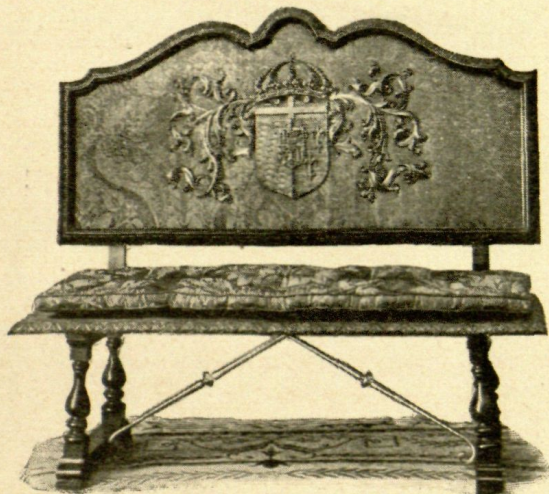
Prado, 15. - Teléfono 11330
MADRID



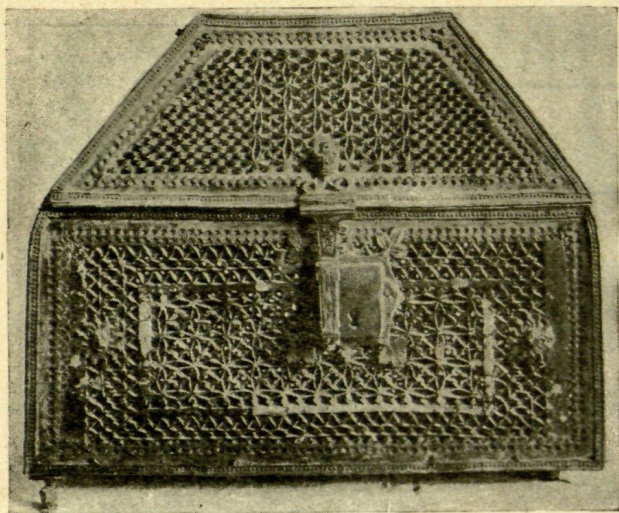
REPOSTEROS Y ALFOMBRAS

HERRAIZ

MUEBLES BRONCE VERJAS
DECORACION DE INTERIORES



REPRODUCCION
DE SALONES ESPAÑOLES
Y
TELAS ANTIGVAS
FABRICA: RIOS ROSAS 36.
MADRID
VICERIAL: Pº DE GRACIA 39.
BARCELONA



OBJETOS DE COLECCIÓN

CUADROS Y MUEBLES

JUAN LAFORA

Plaza de las Cortes, 2

MADRID



FABRICIANO PASCUAL

Objetos de arte antiguo

Plaza de Santo Domingo, 20

Teléfono 14841

MADRID

Casa especial en arañas y
lámparas de estilo y época

Bien conocidos son de los coleccionistas los talleres de restauración de toda clase de obras de arte que esta Casa tiene establecidos en la calle de Fomento, 16, por la fidelidad con que hace sus trabajos, muy singularmente en las cerámicas.

Librería nacional y extranjera

MADRID

Caballero de Gracia, 60

Teléfono 15219



LIBROS DE ARTE EN GENERAL



ON PARLE FRANÇAIS :: ENGLISH SPOKEN

MAN SPRICHT DEUTSCH

ARTE

ESPECIALIDAD EN COLOR

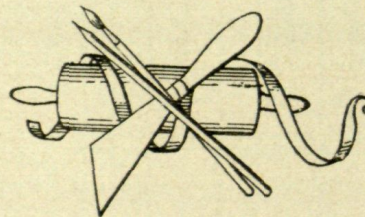
FOTOGRAFADO

DESPACHO Y TALLERES

Velarde, 12

MADRID

Teléfono 11.564



J. RUIZ VERNACCI

(ANTIGUA CASA LAURENT)

Carrera de San Jerónimo, 53. Madrid



Más de 60.000 clichés de arte español
antiguo y moderno

Pintura, escultura, arquitectura, vistas, costumbres,
tipos, tapices, muebles, armaduras de la Real
Casa, ampliaciones, diapositivas, etcétera, etc.

Grabados en negro y color, marcos,
trícromías y librería de arte

Deogracias Magdalena

Olmo, 14, principal, Madrid

Restauración de muebles antiguos

Especialidad en los de estilo francés
del siglo XVIII y principios del XIX

Construcción de muebles de lujo

Spanish antiquities hall

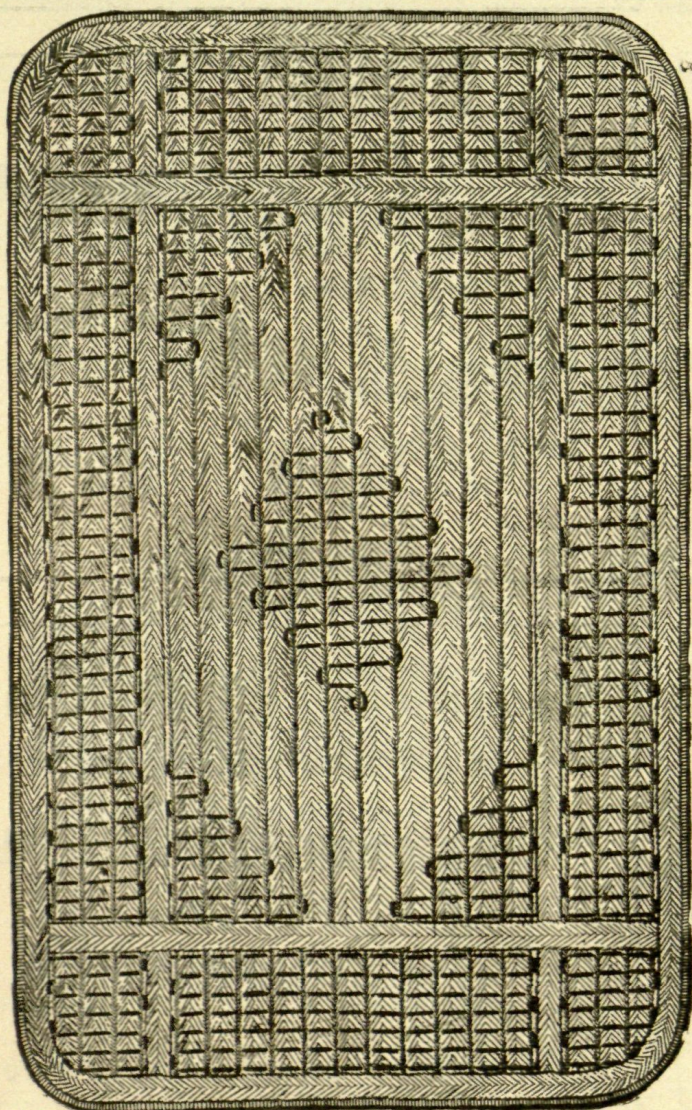
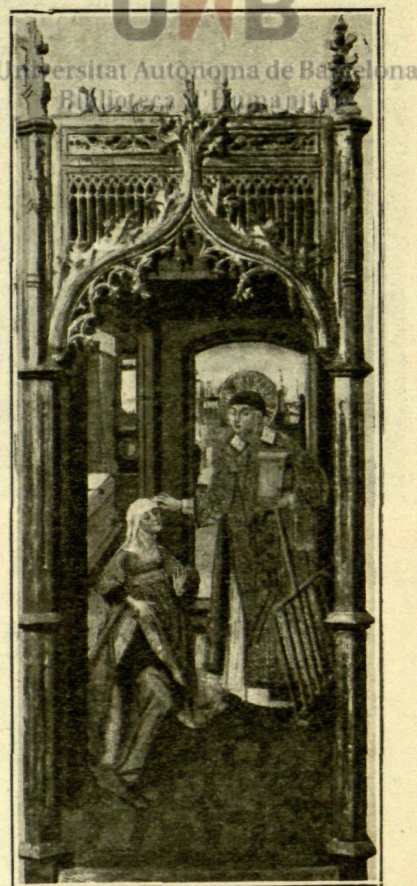
Objetos de arte español

RAIMUNDO RUIZ

Ronda de Atocha, 22. - MADRID

Muebles, Tejidos, Hierros de estilo,
Pinturas primitivas,
Piezas de construcción, etc., etc.

We Keep The Largest Stock In Spain of Spanish Furniture,
Decorations, Irons and Building Parts. All Range From The
10th 70 The 18th Century.



Rufo M. Buitrago

CAVA BAJA, 13

MADRID

FABRICACION DE ES-
TERAS DE ESPARTO
CON DECORACION EN
ROJO, NEGRO O VERDE,
FORMANDO DIBUJOS
DE ESTILO

PROPIAS PARA CA-
SAS DE CAMPO,
VESTIBULOS Y HA-
BITACIONES DE
CARACTER
ESPAÑOL

Estas esteras han figurado en Exposiciones de la Sociedad de Amigos del Arte, y la casa tiene de clientes a las señoras Marquesas de Ivanrey y Perinat, señores Marqueses de Urquijo, señora de Baüer, don José Moreno Carbonero, señor Duque del Infantado, señores Condes de Casal y de Vilana, don Luis Silvela, don V. Ruiz Senén, señor Romero de Torres, señor Marañón, señor Cavestany, etcétera, etc.

ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

MADRID. CUARTO TRIMESTRE 1928.

AÑO XVII. TOMO IX. NÚM. 4.

PASEO DE RECOLETOS, 20, BAJO IZQDA. (PALACIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL)

DIRECTOR: D. JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO

SUMARIO

	Págs.
CONDE DE LEYVA.—Infantes.	398
(Con 2 reproducciones.)	
DR. SANCHEZ DE RIVERA Y MOSET.—Ideal de Belleza	402
(Con 8 reproducciones.)	
MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO.—Monumento histórico y artístico desaparecido en Toledo	405
LUIS G. DE VALDEAVELLANO.—Marfiles y Azabaches españoles.	408
(Con 5 reproducciones.)	
PEDRO G. CAMIO.—VIII Salón de Otoño.	412
(Con 3 reproducciones.)	
Donativos. Libros.	407 y 411

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España.—Año.	20 pesetas.
Extranjero.—Año.	24 —
Número suelto.	6 —

Esta Revista, así como los catálogos de las Exposiciones, se reparte gratis a los señores socios de Amigos del Arte.
Cuota anual mínima de socio suscriptor, 50 pesetas. Cuota mínima de socio protector, 250.

INFANTES

POR EL CONDE DE LEYVA



UIEN os acorrerá, viejas ciudades de Castilla? ¿Qué mano piadosa limpiará de cal vuestros blasones y vuestras solitarias calles de fango? Lejos de los caminos de la vida moderna y de su arrebatado tumulto, vosotras sois el último refugio del espíritu que huyó de Granada, de Sevilla; que tal vez, ¡ay!, se apresta a huir de Córdoba, de la sin par Toledo... Vosotras, pobres, arruinadas, sois lo característico, lo personal de España; si no sois toda su belleza, sois su poesía. Sois también guardadoras, depositarias, de la fe histórica; cuando se habla en páginas que, ellas también, amarillean ya, de la grandeza de la patria, vosotras dais testimonio de verdad. ¡Plegue a Dios que nuestra sensibilidad artística, en buen hora creciente, defienda y aquilate el tesoro que la pobreza y el olvido os han permitido inconscientemente conservar!

* * *

Fué humilde aldea y se llamó en remotos tiempos, humildemente, Moraleja. Hízola libre en el siglo XV el Gran Maestre de Santiago, su señor; y en este nacimiento a nueva vida, tomó su altivo apodo de *Villanueva de los Infantes*. Pocos sabrán que este apellido suscita la memoria de aquellos revoltosos guerreros, Infantes de Aragón, menos famosos por sus hechos, funestos a Castilla, que por una pregunta melancólica de una estrofa inmortal... "¿Qué se hicieron?"

No es difícil hallar en cualquier diccionario los minuciosos pormenores de su situación geográfica; pero fundada sobre "el antiguo y conocido campo de Montiel",

de alto y sonoro nombre, a nosotros sólo nos toca consignar que, de una parte, confina con la Historia; de otra, con la Leyenda.

Nacida en fecha incierta y remota, y cobrada a los moros en la penumbra de la alta Edad Media, vivió bajo el imperio del hierro y de la fuerza y prosperó al amparo de aquellos orgullosos Maestres de Santiago, iguales en grandeza a los reyes y a menudo rebeldes a su soberano poder. Su prolongada situación en tierra fronteriza y la guerrera condición del señorío, debió de hacer un hombre de mesnada de cada uno de sus pecheros; y en la épica contienda y en las menguadas pero frecuentes y sangrientas luchas de banderías de los siglos XIV y XV fué ganando la villa los blasones que aun pueblan y enaltecen los muros y las portadas de sus casas; en tanto número, por cierto, que cabe hoy sospechar que en aquel tiempo hubo en Infantes tantos hidalgos como albergues,

Un día—día negro en los anales de la monarquía española—, vió cruzar por sus calles un tropel formidable de gentes de guerra. Huían a su encuentro las mujeres; hincaban las rodillas, destocándose, los hombres; y tras las fuertes rejas, que aun remata el *lagarto* de Santiago, se asomaban semblantes que el terror al punto escondía. Y era que a la cabeza de aquella hueste, pálido el bello rostro, fulgurantes los ojos de un azul acerado, fantasma errante y acosado de la realeza, cabalgaba la majestad terrible del rey Don Pedro de Castilla. Iban tras de él, sombríos y serenos, impasibles como una abstracción, ejemplares eternos de la lealtad monárquica, D. Fernando de Castro, primer conde de Lemus, y Men Rodríguez de Sana-

bria. Después, los ballesteros del justiciero rey; y al paso de éstos, los vasallos del Maestrazgo de Santiago miraban estremecidos aquellas mazas, que habían dado muerte a su señor. Pocos días después, en dirección igual, como una tromba, cruzó el pueblo un ejército. Al frente de él, cubiertos de hierro, marchaban a la par sus dos caudillos. Y no faltó después quien afirmó haber visto a sus espaldas, abrazados con ellos, los lívidos espectros del fratricidio y la traición. No se dió cuenta Infantes de que por un momento, por una sola vez en su existencia oscura, se había deslizado entre sus muros, arrolladora y majestuosa, la gran corriente de la Historia.

Como alucinaciones, como sueños de una larga noche, viven estas imágenes en la memoria de la villa; como un sueño también, vió o creyó ver vagar siglos más tarde en su recinto una silueta extraña, otro cabalgador, calada la visera, erguido el magro cuerpo, la rodela embrazada, alta la lanza. No hizo sino cruzar con lento paso los términos del pueblo; pero con su presencia sólo y su figura, dejolos para siempre revestidos de luz. *Que fué verdad* aquel sueño, puede decir Infantes, parodiando al príncipe de Polonia; "porque todo se acabó y esto sólo no se acaba".

* * *

No han de tenerse por ociosas en la descripción de Villanueva de los Infantes estas divagaciones. Independientemente de su valor artístico, y por encima de él a veces, la literatura y la Historia prestan a los parajes y a las cosas un interés y encanto de que tal vez carecen, y las iluminan y embellecen con un reflejo de su propia belleza y poesía. La tierra misma desolada y áspera, de la Mancha, a que aludimos, sin más prestigio estético que la constante evocación de su héroe, parece que en el cotidiano contacto con él se transfigura, y se muestra a nuestras miradas y a las del mundo culto como la más sagrada y sugestiva de las tierras de España.

Su tradición y su pasado, el ambiente

legendario e histórico que la rodea, infunden en Villanueva de los Infantes el peculiar carácter que la hace digna de mención. El régimen, entre eclesiástico y militar, a quien debió próspera vida, grabó sobre su frente un hondo sello que el tiempo no ha borrado. Y así el estilo de sus edificios acusa en sus severas líneas el mismo empaque rígido de las costumbres y carácter de los antiguos moradores del pueblo. No hay otros monumentos en Infantes que las Iglesias y las fachadas de las casas: el templo y el hogar. Los dos ejes de piedra, los dos grandes amores, los dos grandes secretos del vigor de Castilla.

Pero es fuerza decir que en Infantes no se han cumplido las grandes e inflexibles leyes de la evolución histórica. Siglos ha que parece que las generaciones se suceden sin dejar ni una huella de su efímero paso. La acción lenta, inconsciente, constante, que las comunidades humanas ejercen a la larga en el lugar que habitan, no es visible en Infantes. La generación que hoy *ocupa* el pueblo, continuadora en el espacio y en el tiempo de otras que ya rompieron su solidaridad con lo pasado, es tan extraña a él, como su indumento pueda serlo a la traza y la fecha de las viviendas. Bien hacen acaso las osadas manos profanadoras en cubrir y borrar con la cal los cuarteles de los innumerables escudos; porque sólo por rara y tal vez no justificada excepción habita algún vecino del Infantes actual en el solar de sus mayores. El tiempo solo inexorable ha dejado en los últimos siglos en la villa un rastro de presencia. Y por una paradoja harto frecuente en nuestras apartadas y vetustas ciudades, el ruido de las piedras que caen y de los muros que se agrietan, y de las carcomas que laboran, los ecos de la muerte, en fin, son los solos rumores de vida germinadora y eficaz que rompen el silencio de las calles de Infantes.

* * *

Con la incorporación a la Corona de los Maestrazgos, iniciase la decadencia de Villanueva de los Infantes. Fué el postrero

de sus protectores D. Alonso de Cárdenas, el de la Ajarquía, fenecido a la par del siglo XV y último también de los grandes Maestres de Santiago; y si todavía, acabados éstos, la piedad de los siglos XVI y XVII tendió una mano generosa hacia la antigua villa de las Ordenes, más fué, en verdad, para reparar que para construir.

El más interesante y el más viejo de los monumentos de Infantes es su iglesia mayor, que cubre y honra el lado norte de la típica plaza. Erigida sin duda en el siglo XIV, y en diversas centurias remendada y añadida, denúncianse en su fábrica claramente las épocas y estilos que han colaborado en su construcción. Asoma apenas el gótico en un detalle, en un ventanal; muéstrase brillantemente en dos portadas el glorioso renacimiento español; y campea en la fachada principal el grecorromano con un gran pórtico de columnas dóricas y un arco de honda cimbra, bajo el que se cobija una imagen de San Andrés, el santo titular. Y a este mismo estilo pertenece la rectoral adjunta a la iglesia, de ultrajados y clásicos paramentos.

De la misma época son y de las mismas manos quizás, la original portada de la casa de D. José Barnuevo y la bellísima fachada del desaparecido templo de San Francisco, que por la piedad de los cielos y la cultura de su dueño, D. Manuel Yáñez, se mantiene milagrosamente de pie. Caracteriza y hermana a estos tres monumentos el pórtico abovedado de doble piso.

Son dignos de mención también, aunque de más bajo valor artístico, el convento de Dominicos y la iglesia de la Trinidad. Pero, como hemos indicado, la estética del pueblo y su interés residen difusamente en su conjunto y en su espíritu. El noble y amplio continente de sus casas, algunas de las cuales, como la de los Ballesteros, que hoy pertenece al Marqués de Cabra, merece el nombre de palacio; las innumerables portadas de piedra; los zaguanes de techo artesonado, que aun conservan el clásico

montador; los patios de labradas galerías y columnas pétreas; las anchas escaleras de graciosas bóvedas; las cruces y las conchas marinas de Santiago, que son corona mutilada de las salientes rejas; el sobrio y severo tipo de sus construcciones; el habitual silencio de sus ámbitos, revisten a la villa de un señorial aspecto y dan idea fiel de la existencia de aquellos labradores hidalgos que aun viven en las páginas de nuestro teatro clásico y de la fisonomía y contextura de aquellas villas castellanas, que fueron cuna de héroes y santos y poetas y, no sólo testigos de presencia—como decíamos al empezar—, sino parte gloriosa y eficaz en nuestra pasajera, pero deslumbradora grandeza nacional.

* * *

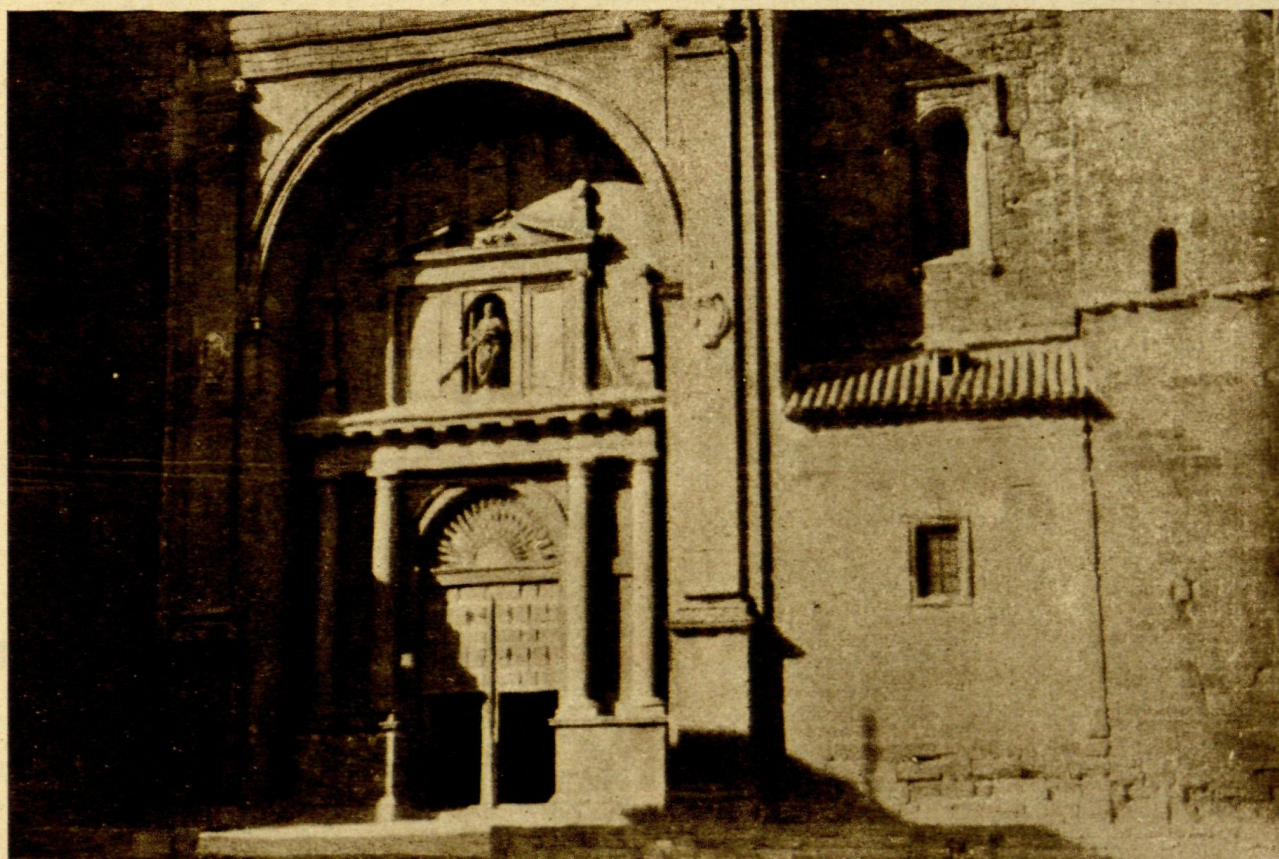
Una cuna olvidada y un sepulcro perdido, son los mejores timbres de nobleza de Villanueva de los Infantes. No nació realmente allí, sino en la contigua y por sólo este hecho ilustre villa de Fuenllana, pero tomó de Infantes solar, familia y apellido, el gran Santo Tomás de Villanueva. Pasó allí de la vida perecedera a la eterna D. Francisco de Quevedo y Villegas. Y en verdad que los trazos austeros de ambas egregias figuras se ajustan bien al marco de Infantes, y que no es menester esfuerzo de la fantasía para imaginarlos ambulando entre sus calles. Corrió en ellas la infancia del Santo y tanto las honró, que más tarde a su paso se arrodillaban todos. Viéronle por dos veces cruzarlas, de edad de siete años, "desnudo de vestidos—dice el propio Quevedo—y vestido de Dios, por haber dado sus ropas a un pobre". Queda de él una ermita, y su nombre glorioso en la calle donde se alzó su casa, que él trocó en hospital. "Hoy en día es hospital la casa, dice también Quevedo, donde vive su memoria arrimada a la caridad". No viven ya ni casa ni hospital, ni memoria. Ni ha mucho que una impía disposición gubernativa decretó que la villa se apellidara a secas Infantes; y con esto, de un plumazo de la *Gaceta*, que-



Infantes. Iglesia Mayor.



Puerta Plateresca de la Iglesia.



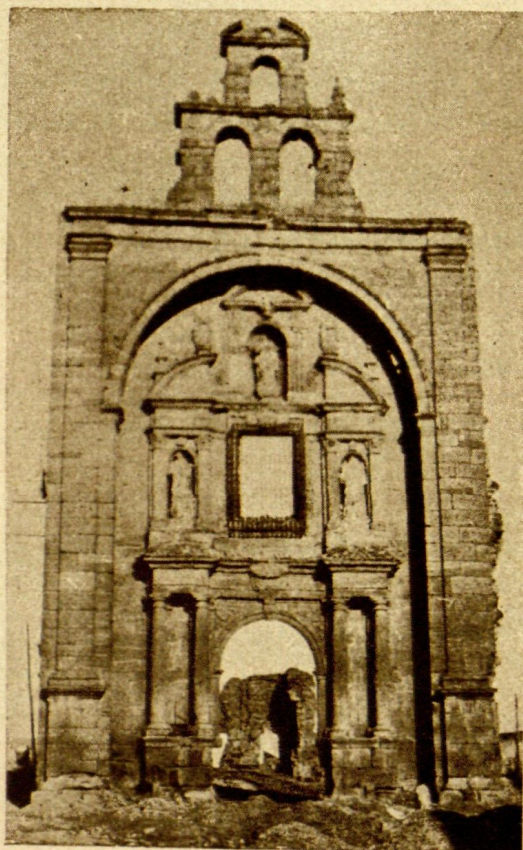
Portada de San Andrés.



Casa Rectoral.



Casa de D. José Barnuevo.



Fachada de San Francisco.



Casa del Marqués de Cabra.

dó el Santo sin pueblo y el pueblo sin Santo. En la ciudad ilustrada por el esclarecido *limosnero*, que así le titularon, gran padre de los pobres, monstruo de caridad, no se alzó ni una voz que protestara contra la irrespetuosa mutilación.

Quevedo buscó asilo dos veces en la villa, muy próxima a la torre de Juan Abad, su menguado y precario señorío. Fué la primera vez a curarse de la sangría de un *barbero gañán*, que le había puesto en grave trance. Prisionero en su Torre, pidió licencia al Presidente de Castilla para trasladarse al cercano y mejor provisto pueblo: "He visto a muchos condenados a muerte, le escribía; pero ninguno a que se muera". La segunda vez fué a Infantes a morir. *La porfía de sus enfermedades y lo riguroso del invierno*, le obligaron a pasarse a la villa en demanda de un alivio que al pronto encontró. "Mejor acogida he hallado en Villanueva de los Infantes que en mi lugar, decía con su habitual gracejo; más compañía y mejor abrigo y un boticario amigo, docto y rico y buen cristiano, que son los tres fiadores de la verdad de los botes. Espero en Dios he de volver en mi presto". Pero Dios quiso poner término a sus miserias. Vivió en Infantes ocho meses, durante los cuales *mas que esperar la muerte la trató*; y ella, que fué su amiga fiel y con frecuencia su inspiradora, pudo acaso dictarle en la soledad de sus dolores y en el silencio de la villa que decaía, aquellas amargadas, soberanas estrofas:

Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo; vi que el sol bebía
los arroyos del cielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que *amancillada*
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más corvo, y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada;
y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Por un providencial azar, del que se dió cuenta, y que agradeció al cielo, murió en la fecha misma de la muerte de Santo Tomás de Villanueva, su biografiado y *protector*. Diéronle honrada sepultura en la capilla de los Bustos de la iglesia mayor, donde durante un siglo y medio reposaron sus restos venerados; después...

Para paliar nuestro dolor y *los remordimientos* de Infantes, recordemos estas magníficas palabras del gran poeta:

"¡Qué presto borran los días la soberbia de los difuntos en los epitafios de las piedras! Estos que con piedras y sepulcros y letreros pretenden dejar memoria de sí, no se hartan de morir; pues aguardan segunda muerte en su nombre propio. Mi solicitud no pasa de la muerte: a los vivos toca lo demás. Buscar buena muerte me importa. Lícito es desear buena sepultura; contingente es alcanzalla, y de ningún inconveniente no tenella, pues ha de venir tiempo en que no la tenga".

* * *

El paraje sobre que se asientan comunica a los pueblos algo como un reflejo de su espíritu inalterable. A los postreros rayos del sol crepuscular, bajo celajes esmaltados de un azul transparente, verdoso, Villanueva de los Infantes se funde con la tierra manchega; semejan sus contornos accidentes, ondulaciones de la austera llanura. Muchas veces, al contemplarla desde lejos, involuntariamente he recordado las palabras de Cristo ante un sepulcro: "Lázaro, duerme."

Duerme Infantes, también.

IDEAL DE BELLEZA

POR EL DR. SANCHEZ DE RIVERA Y MOSET

CAMINO del Prado. Antes hemos de recoger en el Ritz a un antiguo amigo. El Ingeniero señor X..., a quien conociéramos en Berlín—allá por los felices años de la anteguerra y en cuya espléndida mansión de la Kurfürstendamm se celebraban (*more germana*) las grandes comidas dominicales. Ya pasó tiempo.

Día nublado, gris, con ventarrón de Guadarrama que va robando los oros de la Arboleda madrileña. Un fúnebre cortejo que pasa lento, con carro de caballos empenachados, a la cabeza, acentúa la nota invernal. Y Neptuno en la lejanía que se nos antoja Cronos atisbando a Cloto que teje los días del hombre. Pandora no anda lejos. Un remolino de polvo y hojas nos produce momentánea ceguera; aquí están las Furias. ¿Pero dónde anda Psyché para que haga la ofrenda de los tres panes al monstruo?

Y Psyché—que se nos antoja en este momento el vivir alegre primaveral—aun está muy lejos. Y seguimos pensando en el regir de Cronos, que cual pastor afanoso, no descuida su quehacer: ir guiando a la manada de mortales, camino de las aguas frías y negras donde se agita en un ir y venir eterno el viejo Caronte.

* * *

El Hotel. Gira la mampara y la tibieza del hall es conjuro que ahuyenta meditaciones y simbolismos. Cruzan unas figuras—mujeres de fino modelado, pero con cabeza de Efebo—y surge el tema: ¿Cuál es el ideal de belleza femenina? Y salimos con este antiguo amigo a recorrer el Museo del Prado.

* * *

Ocurre que en el Ideal de belleza física no hay un patrón universal, ni lo hubo nunca. Ciertamente que los Griegos, aun ayunos de la Ciencia anatómica, crearon las Odres de donde salió su magnífico ideal estatuario. Cómo sería, cuando todavía sigue imperando. Pero nuestro tema hoy es otro.

Decíamos que el ideal de belleza física varía con el medio, con el ambiente, con las modas. La Pintura nos lo va a demostrar cumplidamente.

Comencemos por los primitivos.

Aquí están los Van Eyck; pero es sensible no tengamos una reproducción de su obra maestra, "El retablo del cordero", de Gante. El detenido estudio de su Eva—aquella Eva desnuda con quien nos tropezaremos después ya vestida en numerosas obras—nos diría el ideal de belleza de su tiempo y en su medio.

Nos llamarían la atención dos cosas: que aquella mujer está tuberculosa y embarazada. Figura triste de espaldas caídas, pecho deprimido, formas escuálidas consumidas y un vientre deformado por la gestación avanzada.

¿Es acaso este ideal, este tipo esporádico de un pintor aislado? No.

Aquí tenemos en el Prado muchas obras de la época que lo confirman. Veamos si no esta Virgen con el Niño y Santa Ana, de Benson, y "El castigo del pecado original", de Van der Weyden, en que la madre Eva se nos presenta huesuda con tórax retraído, dedos esqueléticos y el vientrecillo, en fin, de la embarazada. ¿Para qué seguir paso a paso las obras? Es tal la obsesión en esta época del *modelo*, del *Ideal* ya citado, que en la "Crea-

ción", del Bosco, Eva, la Eva que el Sumo Hacedor cogida de la muñeca presenta a Adán (que rígido, sentado en un altozano semeja un terrenal Pinocho), ostenta ya la curva abdominal de mujer fecundada. Quizá por esto la cara de asombro de Adán, que asombro, estupefacción y no otra cosa es lo que refleja la cara de aquel muñequillo paradisiaco.

Y en esta misma orientación están las mujeres de "La Harmonía", de Baldung, y de "Las edades de la vida", del mismo autor.

A pocos pasos está la Eva de Durero. Y es lástima que esta mujer, cuya belleza recuerda las líneas de lo clásico griego, pague su tributo a la moda de entonces con los hombros tan caídos... anunciando el tórax débil y la tendencia *consuntiva* de los Van Eyck ya citada.

¿Más aún? Busquemos a Botticelli. Pero Botticelli absorto con retratar a la Bella Simoneta y los cortejos y fiestas de los Médicis, se olvidó de que España, el Prado, sería un día el Gran Salón de los Elegidos... y él quedó ausente.

Vayamos en vuelo imaginario a Florencia. Aquí está su "Primavera". Confirma que el ideal de belleza de este pintor está orientado también en sentido enfermo, patológico. Esta Venus que preside la fiesta de luz y color, la apoteosis del alegre vivir que es la "Primavera", es una pobre enferma, que parece llevar en su mirada, en su *aire*, el fatal destino próximo.

Mirada triste, mentón y pómulos salientes, ojos grandes con esa luminosidad especial acariciadora de la fiebre que consume... Y Botticelli, que olvidándose de que es pintor para aparecer sólo como hombre, la viste. Es decir, teme por su vida, y de aquí el contraste con aquellas otras mujeres rientes, envueltas en gasas.

¿Queréis confirmarlo con su desnudo? Recordad la Venus de pie en la clásica concha (Nacimiento de Venus, Botticelli), con los cabellos abundantes, en parte al viento y sujetos en su extremo cubriendo el vórtice de la feminidad, de la Galería

de los Uffici. Y aquí, Simonetta, el eterno modelo de Sandro, hasta que muriera tuberculosa a los veintitrés años en Piombino, se nos aparece con toda la belleza un poco triste de la niña que era, cuando surgió a los 16 años en Florencia casada con Vespucio y conquistó de un golpe la admiración y el puesto de honor en las fiestas y torneos que organizara Lorenzo el Magnífico, su platónico adorador según Sizeranne (1).

Pues este ideal de Botticelli va a seguir imperando continuado por artistas y admirado por multitudes, hasta que aparezca otro ideal muy diferente: el que representa "Lavinia", la hija de Ticiano, y mejor aún, su Venus del Espejo, del Eremitaje de Petrogrado.

Pero estamos frente a Ticiano y no desaprovechemos la ocasión. Aquí está su "Venus y Adonis", el documento más grande, más vivo como símbolo del ideal de belleza humana, y uno de los más bellos cuadros que se pintaron en el mundo. Modelo de composición, de luz, de colorido, de estudio de desnudo, de paisaje, de expresión de humanos sentimientos... ¿Qué más? Hasta representación del primer fenómeno amoroso, de ese "Quimiotropismo erótico" en que la microscópica célula masculina va *al encuentro* de la femenina, quedando esbozados ya los distintos destinos biológicos. El varón, la fuerza, el *eterno movimiento*; el *eterno reposo* (que Bachofen simbolizaba en la Tierra sentada), la hembra.

Como quedó la Afrodita de Médicis y la Venus de Milo, quedará por los siglos como ideal de belleza, esta mujer, este formidable torso femenino con su pureza de líneas, que vale por todos los desnudos que se pintaron del Renacimiento a nuestros días.

Ideal análogo lo vemos en "La Gioconda", de Leonardo; en el "Concierto campestre", del Giorgione (del Louvre); en "La Caridad", de Vasari, y en estas mujeres de los lienzos de Palma el Viejo.

(1) R. de la Sizeranne. *Les Masques et les Visages à Florence et au Louvre*.

La coincidencia de este ideal femenino, con el amor a las ricas telas y fastuosidad en el decorado, nos hace pensar que el ideal es el mismo en la mujer desnuda y vestida. Más aún que aquél, procede de ésta. En confirmación de ello basta recordar las dos mujeres de Rubens, tantas veces retratadas por su marido con pieles y plumas. A través del tocado, *se adivina* el ideal desnudo, tantas veces repetido—del pintor flamenco—en sus bacanales y orgías.

Y que influye el medio en este ideal de belleza, vamos a comprobarlo comparando dos países distintos en la misma época. Italia y Flandes, por ejemplo.

Comparemos las Venus, los desnudos, en fin, del Ticiano, del Giorgione, de Palma, con estas mujeres de Rubens, de Jordaens, que están en las Salas próximas.

Y dentro de la opulencia del tipo dominante en el momento (estamos ya en pleno Renacimiento, mucho más acá del Beato Angélico y Botticelli y los Mantegna), veremos, que en las mujeres italianas se refleja su campiña y el tostado que da a sus carnes de nácar el Sol reflejándose en el mar latino y en sus cielos secos, limpios, azules, en que las nubes son más motivo ornamental que *asunto*. Y se adivinan—bajo la curva armoniosa, pero firme—las carnes apretadas, y se ve en las miradas de estas mujeres que el placer está hondo, *velado*, pero dispuesto a surgir potente y pasional. Es la moral, con un sutil velo... pero moral al fin.

En las mujeres del Norte, en las ninfas que persiguen los Sátiros un tanto groseros de Rubens, como en las mujeres con el pecho al aire rebosando de los corsetajes en la orgía del vino—banquetes de Jordaens—, vemos, en cambio (no vemos, mejor dicho, por ningún lado), la moral. Y si alguna vez hay señal de huida ante la brutal acometividad del macho, del Fauno cabrió, es más miedo al asalto, quizá hastío de caricia, nunca indicio de

pudor o de residual vestigio de la reserva femenina, de la coquetería de la hembra.

Y en sus carnes fofas, sonrosadas, que se adivinan blandas como la leche, está toda la humedad de sus campos y toda la pegajosa suavidad de los cielos brumosos y las llanuras sin relieve y la lluvia pertinaz que todo lo une y lo funde en caricia untuosa, reptilesca.

Más aún. A Ticiano, en su "Bacanal"—esa otra joya del Prado—, le bastó para representar lo más grande... una mujer dormida y su adecuado escenario: la Naturaleza. En el Norte, donde el ambiente no convida a la vida exterior y ha de refugiarse ésta bajo techado, es el vestido y el alimento graso y el estímulo del lúpulo fermentado, los que han de suplir al excitante natural para... llegar al mismo fin. ¡Pero por qué distintos caminos!

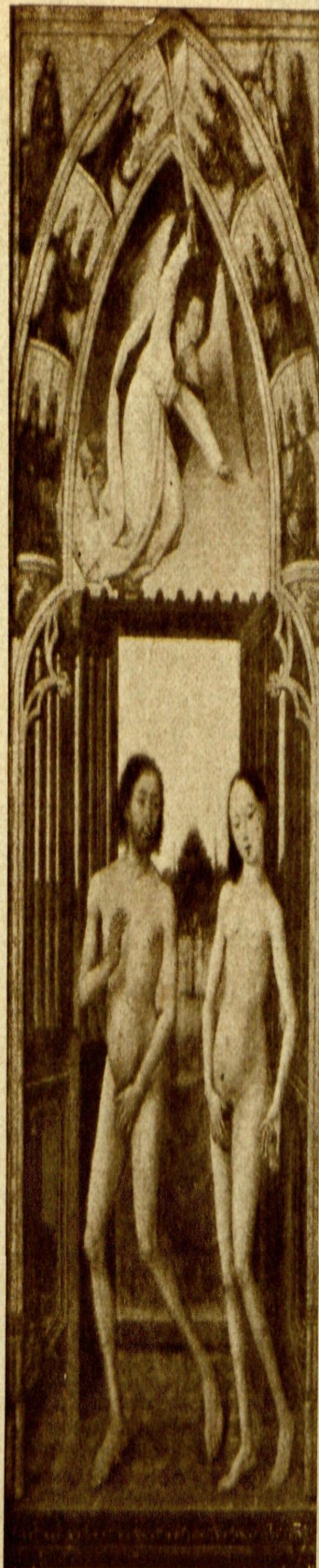
Y esto es Rubens y Jordaens y Teniers y los Ostade.

¿Y entre nosotros? ¿En nuestro Arte?

Pocas obras existen en esta Galería central—donde vinieron a instalarse nuestros primitivos—que nos orienten en el camino emprendido. Aquí tenemos, sin embargo, este "Martirio de Santa Ynés", de Macip. La Santa muestra desnudos el cuello y parte del pecho y brazo. Basta, para darnos idea de las formas espléndidas, del ideal miguelangelesco, que se *adivina* en las demás mujeres vestidas del lienzo.

Velázquez, Carreño, Sánchez Coello... retrataron, sí, mujeres, pero con golas y tocados tan absurdamente ocultadores de la línea, la silueta femenina, que sólo pudieron transmitirnos su espíritu... Pero cómo era este espíritu... eso sí lo dicen a maravilla los lienzos del Museo. Y hay que dar un brinco hasta Goya para ver en su copiosa galería de retratos femeninos—la de Alba, La Tirana, Doña Isabel Cobos de Porcel, la de Lazan...—el ideal de belleza española.

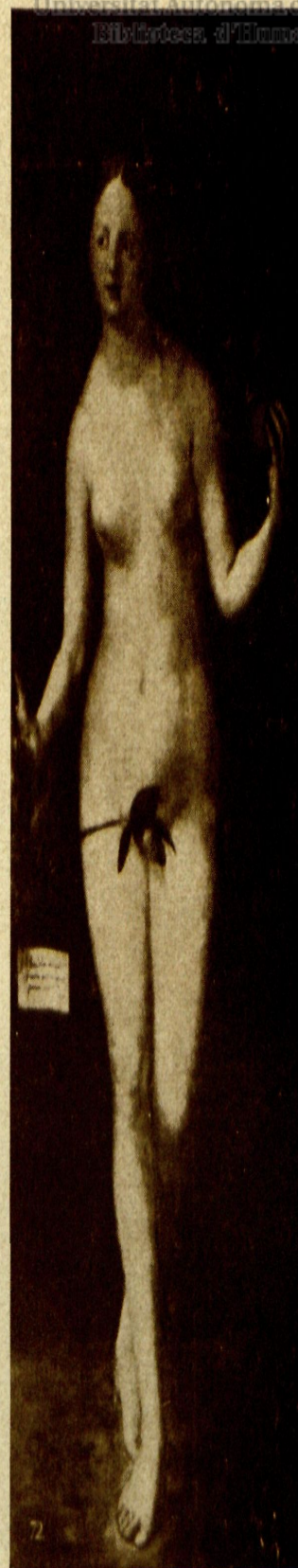
Pero... queden estas líneas finales como título de un próximo trabajo nuestro.



Van der Weyden. "El castigo del pecado".

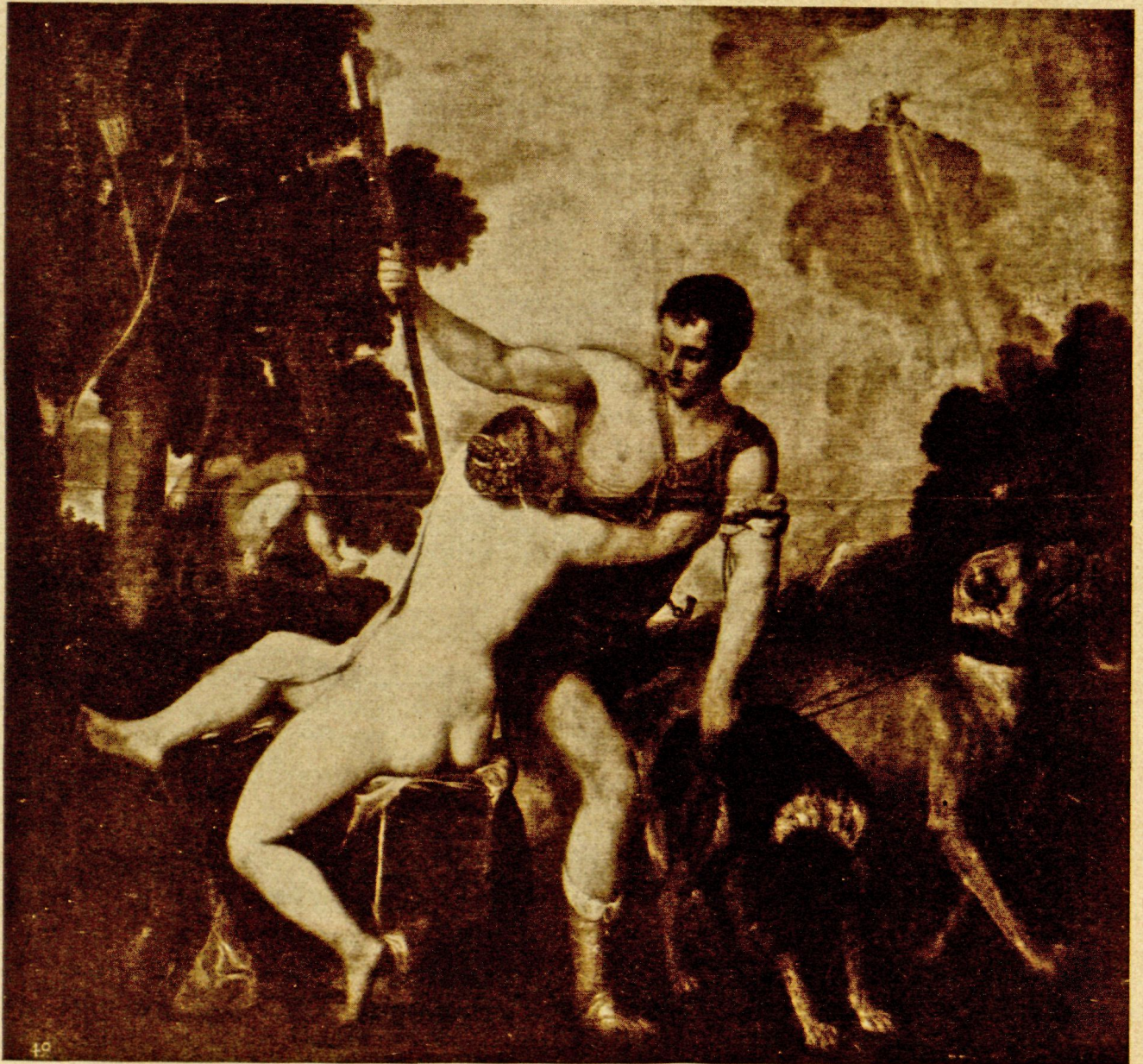


H. Baldung. "La Armonía".



Alberto Durero. "Eva".

Museo del Prado.



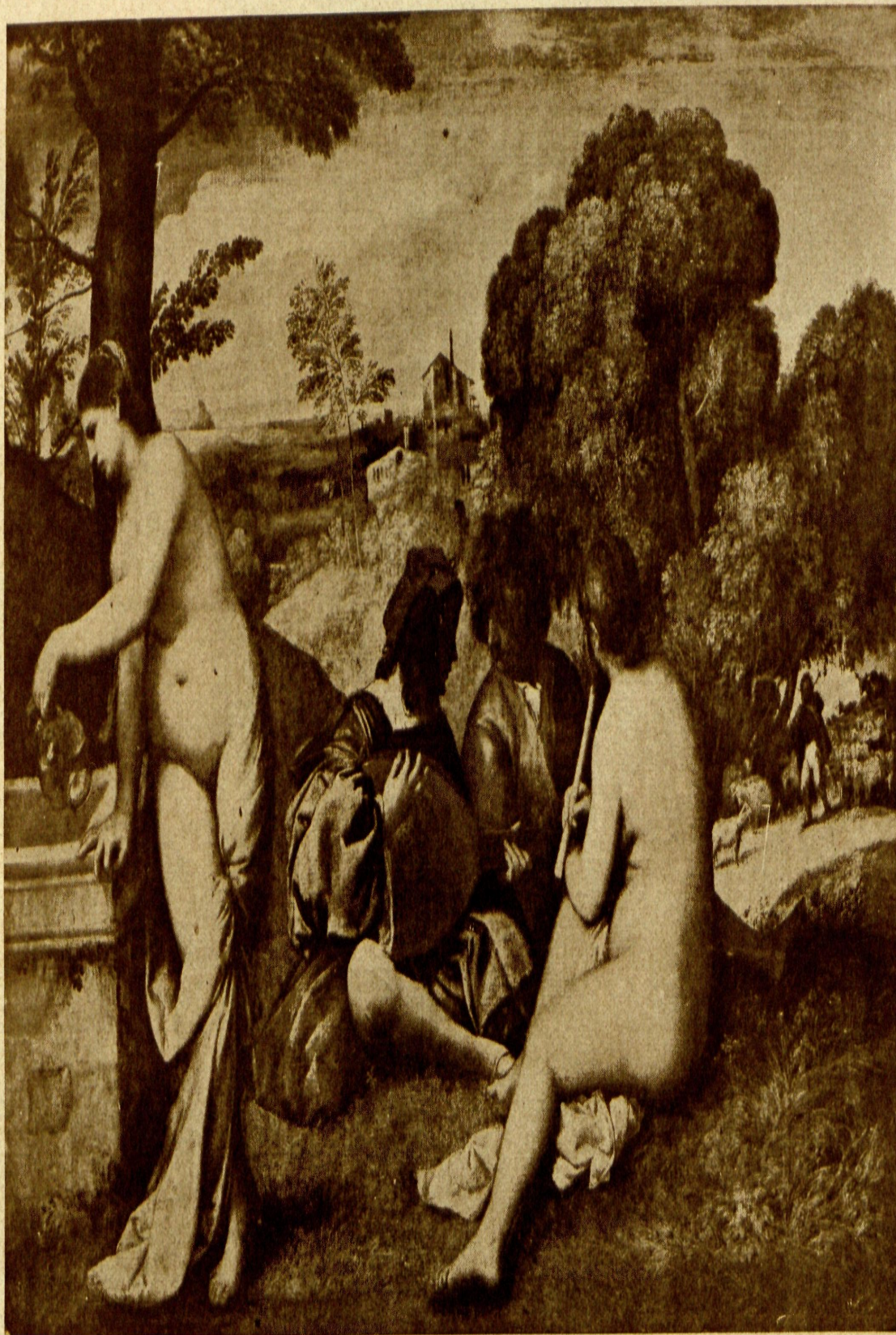
Ticiano. "Venus y Adonis".

Museo del Prado.



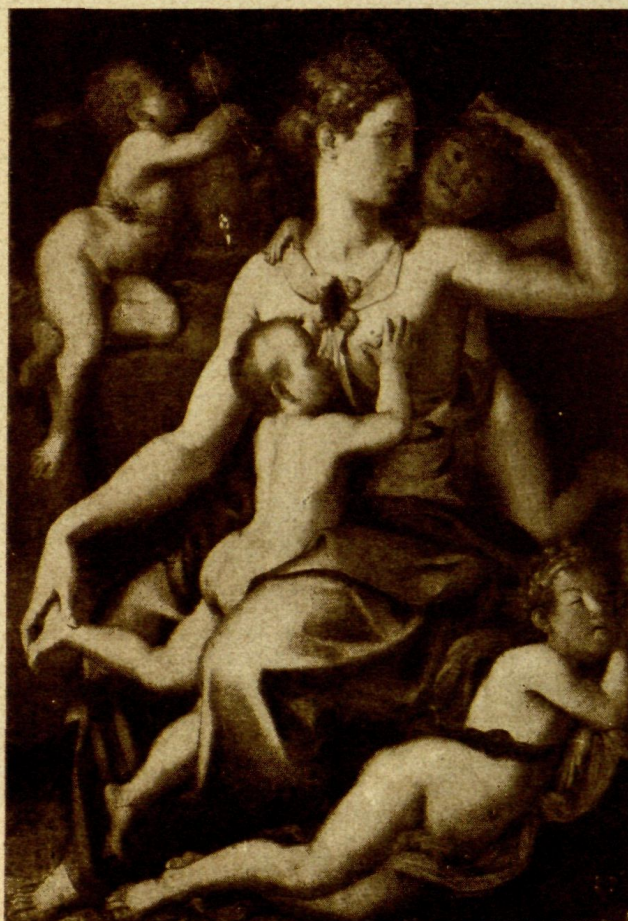
S. Botticelli. "La Primavera".

Museo de Florencia.



Giorgione, "Concierto campestre".

Museo del Louvre.



Vasari. "La Caridad".



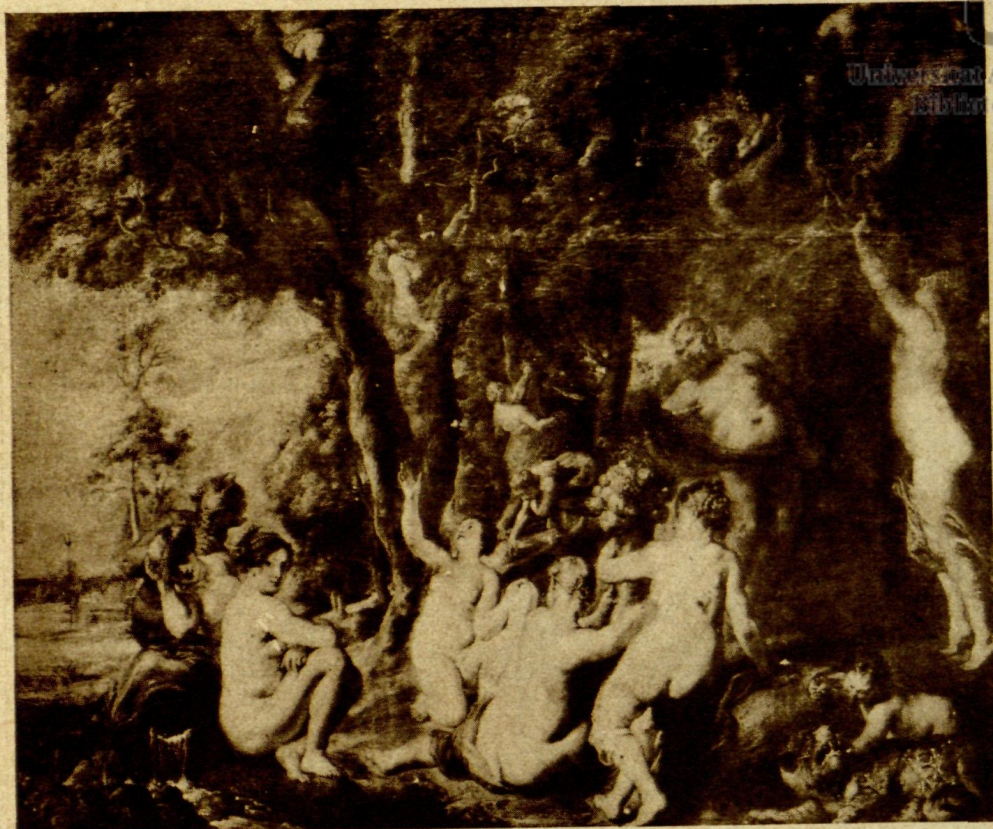
Bosch. "La Creación". Detalle.

Museo del Prado.



Jordaens. "El Rey bebe".

Museo de Bruselas.



Rubens. "Ninfas y Sátiros".



J. de Joanes "Martirio de Santa Inés".

Museo del Prado.



Goya. "La Duquesa de Alba".

Duque de Alba.



Goya. "La Tirana".

Duquesa de S. Pedro de Galatino.

MONUMENTO HISTORICO Y ARTÍSTICO DESAPARECIDO EN TOLEDO

POR MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO

Correspondiente de las RR. AA. de la Historia y Bellas Artes de San Fernando.

"Ya que desgraciadamente nada nos queda sino grandes recuerdos, no los despreciemos: que estos recuerdos en una nación son como en una familia caída los títulos de su antigua grandeza; elevando el espíritu, fortifican en la adversidad, y alimentando en el corazón la esperanza, sirven a preparar un nuevo porvenir."

BALMES, *Protestantismo*, t. I.º

Cap. XXXVII. p. 477.

ESTAS palabras del sabio parecen como si fueran escritas en presencia de las gemebundas ruinas de la un tiempo poderosa, rica y gloriosa imperial ciudad de Toledo; hoy anhelante de un risueño resurgimiento, que le devuelvan sus pasadas grandezas, mirando siempre a esos artísticos despojos que son sus títulos nobiliarios, por los que se la admira por propios y extraños, y que la dan derecho a volver a ser la metrópoli de la historia y de las artes españolas.

Sea anatema para todos los que en la primera mitad de la pasada centuria, contribuyeron a ultrajarla con sus despiadados fanatismos políticos; destruyendo y dilapidando sus preciadas joyas monumentales, ora por las vandálicas tropas francesas, ora por las aún más vandálicas hordas revolucionarias, que al son de los sarcásticos himnos de *Riego* y del *Trágala*, demolieron sacrosantos templos, cenobios y palacios suntuosos.

Uno de esos admirables monumentos desaparecidos por la saña revolucionaria y la implacable codicia de las *manos vivas*, fué el que se sustentó sobre el vasto solar del actual matadero, en el paraje más

pintoresco de la ciudad. Aquel soberbio palacio de los reyes godos, ceñido por la inexpugnable muralla de Wamba, que defendía el paso obligado del puente, luego llamado *Baño de la Caba*, por ser en donde únicamente permitían los árabes bañarse a los judíos durante su dominación (1).

Regia mansión de Leovigildo, Recaredo, Sisebuto, Suintila, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba y Rodrigo; cuyas magnificencias nos reseñan los cronistas, alcázar embriagador de deleites de los reyes musulmanes; donde naciera y desarrollara sus virtudes cristianas, la insigne virgen y mártir Santa Casilda, hija del rey moro Almamún. Morada de los reyes de Castilla después de la reconquista, los que aun aumentaron más sus maravillas artísticas, con espléndidas ornamentaciones mudéjares.

Palacio que fué cedido por la excelsa reina Doña María de Molina al muy piadoso caballero D. Gonzalo Ruiz de Toledo, para trasladar a él el convento de San Agustín, extramuros, por ser devotísimo de dicho Santo Doctor y del protomártir San Esteban; los cuales premiaron estos afectos con descender del cielo para darle sepultura en la iglesia de Santo Tomé; cuya escena pintara siglos después tan admirablemente el Greco, en su maravilloso cuadro titulado el *Entierro del Conde de Orgaz*.

Enriquecieron aún más los agustinos aquella deliciosa mansión acomodándola a las necesidades monacales, y edificando

(1) Los moros de Toledo llamaban *Caba* a la raza judía y al inmediato barrio en que solamente le permitían habitar, o sea la judería.

una hermosa iglesia con exquisitas obras de arte, tanto en ésta como en el resto del edificio, siendo la más principal una estatua de San Esteban, titular del convento, situada en una hornacina sobre la portada del templo, alabada por Ponz, la cual también fué víctima de la piqueta *progresista*, y hecha pedazos fué a rellenar la presa de Solanilla, según refiere Parro en una nota de su *Toledo en la mano*. Y es que, como dice Napoleón en sus *Memorias*: "En las revoluciones hay dos clases de gentes: los que las hacen y los que se aprovechan de ellas."

El doctor Pisa, en la segunda parte manuscrita de su *Historia de Toledo*, al describir la iglesia de este convento, dice: "Asimismo en la iglesia de este monasterio hay, entre otras, una insigne capilla y devotísima imagen de Nuestra Señora de Gracia pintada en una pared del claustro principal sobre el mismo yeso, que hizo pintar un cierto fraile de dicha casa (hombre noble y devoto), con su hijo santísimo en los brazos, y a un lado el glorioso Padre San Agustín, que le está ofreciendo su corazón. Está este altar reducido en forma de capilla, con sus rejas, que fundó y dotó y acrecentó D. Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Mélito, con doña Ana de la Cerda, su mujer; los cuales ganaron del Santo Padre Paulo III un jubileo plenísimo para los que visitaran la dicha capilla el día de la Asunción de Nuestra Señora; y están enterrados los dichos fundadores en la misma capilla" (1).

Únicas reliquias que nos quedan de aquel desaparecido convento, son los referidos sepulcros de los ilustres condes de Mélito, salvados de entre los escombros por el benemérito y sabio arqueólogo D. José Amador de los Ríos, secretario que fué de la Comisión de Monumentos, a cuyas expensas se trasladaron a la desmantelada iglesia de San Pedro Mártir (donde hoy se encuentran), según dice el referido escritor en su *Toledo pintoresca*. Dos bellísimos

arcosolios de estilo Renacimiento, que por su traza, las cabezas de guerreros en las enjutas y la ornamentación de los frisos, tienen mucha semejanza con la portada de San Clemente, atribuida a Berruguete, ¿sería obra de éste, de Monegros o de Covarrubias? Digna de uno de los tres puede ser.

En los centros de los arcos están incrustadas sendas lápidas de mármol con caracteres alemanes y los siguientes epitafios en latín. En el de la izquierda, dice:

AD VIATOREM.

DIDAC.S HOCTEGITUR TUMULO MENDOCIS ILLE
QUI DEC.S HISPANÆ NOBILIS GENTIS ERAT
NON ARTES HUIC ROMANÆ NOA GLOA BELLI
DEFINIT ATQUE ANIM.M TELA CRUENTA JUVANS;
HOC NOVA TESTA TUR VIRTUTIS FACTA SUPREMA
QUEM FAMA VOLAT CUNCTA PER ORA VIRORUM.

El de la derecha, dice:

AD VIATOREM.

ILLA HISPANORUM CLARA DE SAGUINE REGUM
ORTAQUE GALLORUM HIC ANA LACERDA JACET,
PREDITAQUE CUNTIS ANIM. VIRTUTIB.S AUXIT
RENATOS PATRIAQUE MAXIMO HONORE SUA
HÆC QUÆ PERIT REQUIESCIT SPIR.S ASTRIS
ATQUE IMPLET NOME SOLIS VTRA QUE DOMUM.

Los que traducidos al castellano vienen a decir, el primero:

Al Caminante:

Bajo este tímulo yace Diego de Mendoza. Aquel que fué noble honor de la nación española, para quien ni las artes romanas, ni la gloria de la guerra eran desconocidas, y a quien no faltó el valor necesario en el ejercicio de las sangrientas armas. Así lo atestiguan sus recientes y postreros hechos, cuya fama se esparce por boca de los hombres.

Y el segundo:

Al Caminante:

Aquí yace Ana de la Cerda, de la esclarecida estirpe de los reyes hispanos y francos, y dotada de todas las virtudes del alma. Favoreció a los regenerados por el bautismo y acrecentó el esplendor de los suyos y de su patria. Su espíritu descansa en el Cielo, y su nombre claro como el Sol alumbraba a una y otra casa.

¿Adónde irían a parar las cenizas de esos ilustres señores? ¡El Conde de Mélito! Aquel que fué uno de los más distinguidos próceres del reinado de Carlos V, Virrey de

(1) La pintura al fresco que hay en el retablo de la actual ermita de la Virgen de Gracia, perteneciente a las Damas Catequistas ¿será copia de la que refiere Pisa?

Valencia, y asociado a D. Juan de Lanuza y al Cardenal Adriano para gobernar la nación durante las primeras ausencias del emperador en Alemania.

El eximio autor de la *Toledo pintoresca*, que aun conoció las ruinas de este convento, llora sobre ellas y dice: "Quienes no merecen disculpa de ningún género son los que por el cebo de una mezquina ganancia han convertido en escombros las más preciosas joyas de las artes españolas, haciendo alarde de una impiedad artística, digna verdaderamente de los partidarios de Atila." Y más abajo exclama: "El Convento de San Agustín, considerado bajo el doble aspecto en que vemos nosotros los monumentos, era digno de aprecio, y no podía menos de despertar el interés de los viajeros entendidos. Al presente sólo atrae sus miradas para excitar su compasión: dentro de breve tiempo no habrá quedado la señal más leve del palacio godo, del alcázar árabe, ni del convento agustino..." Y así ha sido, en efecto; nada de ellos ha llegado a nosotros.

Del mismo estilo renaciente se conservan en el Museo Provincial dos fragmentos de arcos, que debieron ser de gran belleza en su conjunto, pues ostentan en el intradós cabecitas de guerreros en alto relieve de labor muy delicada y en las archivoltas querubines en una cara y rosas en la opuesta en mediorrelieves, acusando haber sido obra de un gran maestro. ¿Pero como no le temblarían las carnes a los bárbaros que demolieron y mandaron demoler tantas bellezas?

De otra obra notable de arte nos habla

D. Antonio Ponz en el tomo I de su *Viaje a España*, existente en el ex convento que nos ocupa. De un cuadro representando el martirio de San Esteban, el cual estaba en una suntuosa capilla fundada por el Condestable D. Rui López Dávalos, aumentada y enriquecida por su sucesor D. Pedro López Dávalos, que fué sepultado en ella. ¿Adónde iría a parar aquel famoso cuadro? El artístico sepulcro de Dávalos seguramente sería convertido en escombros. ¡Cuánto vandalismo!

Merced también a la diligencia de la Comisión de Monumentos se pudo salvar de la devastación de aquel histórico y artístico edificio, un cuadro de estuco en relieve policromado y dorado de primorosa tracería árabe, orlado por una leyenda en caracteres coránicos que quiere decir: HONOR Y PODERIO Y SALUD Y FELICIDAD: MUNIFICENCIA Y VICTORIA Y PAZ Y PROSPERIDAD. Vestigio que nos manifiesta la suntuosidad que debió tener aquel deleitoso palacio en su brillante época musulmana.

Este precioso despojo se encuentra hoy incrustado en el muro norte del claustro de San Juan de los Reyes, en donde, afortunadamente, se le puede admirar; y él desmiente bien a las claras la falsa tradición de que perteneció al pretorio del desgraciado rey Rodrigo. El afirmarlo es un solemne anacronismo.

La desaparición del monumento que evocamos es una de la infinidad de páginas negras que el siglo XIX, *siglo de las luces*, puede presentar ante el inflexible tribunal de la Historia del Arte Español.

XX

DONATIVOS DE LIBROS PARA LA BIBLIOTECA DE LA SOCIEDAD

Sr. Conde de Cerragería.

El núm. 187 de la Revista "D. Lope de Sosa", de Jaén.
Catálogo del Museo Fabre de Montpellier.

"El Fuero de Berviesca y El Fuero Real", por J. Sanz García.

"Soria". "Guía Artística de la Ciudad y su Provincia", por B. Taracena y J. Tudela.

Dr. Sánchez de Rivera.

Un ejemplar de "Siluetas de Médicos y libros de Antaño", de que es autor.

Idem de "Cuándo debe operarse en Apéndice", por el mismo.

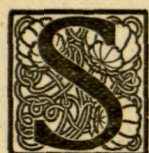
Idem "Lo Sexual", por el mismo.

6 tomos de la Revista de Medicina que dirige, y

1 ídem. de la Revista "Cajal"

MARFILES Y AZABACHES ESPAÑOLES

POR LUIS G. DE VALDEAVELLANO



Si la escultura española tiene una tradición de espléndidos valores artísticos, no es menos cierto que esa riqueza quedaría incompleta si se limitase a las creaciones surgidas exclusivamente de materias como la piedra y la madera. Son éstos, ciertamente, los dos materiales principales en que se asienta la gloria de los grandes artífices de la plástica española. Pero, por fortuna, no los únicos. A su lado existen obras de menores proporciones, pero que no les ceden en muchos casos en valor artístico, moldeadas sobre materias más ricas: el marfil, el azabache, la plata.

Poseemos en España un caudal riquísimo de pequeñas esculturas o de objetos labrados en esas materias, y que constituyen la muestra felicísima del florecimiento de un arte industrial que se ha mantenido con la debida altura estética hasta fecha reciente. Si concretamente nos referimos, por ejemplo, a las realizaciones en marfil, veremos cómo desde tiempos muy remotos—recuérdense los amuletos de la necrópolis púnica de Ibiza—, hasta los trabajos en marfil de la Fábrica del Retiro, las obras labradas en esa materia son de una labor delicada, sensible y siempre artística. La historia de la eboraria española es, pues, un camino lleno de producciones admirables, que alcanza sus momentos culminantes en la serie de marfiles románicos de los siglos X al XII.

Los artífices españoles han gustado siempre de estas materias de gran duración y fáciles de trabajar, muy adecuadas, además, para pequeños objetos, ya del culto, como crucifijos, portapaces, evangelarios, ya de uso práctico, como las ar-

quetas. El marfil ha sido una de las materias más empleadas, pero también otra menos conocida—el azabache—ha servido para labrar pequeñas esculturas de sorprendente valor expresivo: las que evocan la imagen del Apóstol Santiago y las famosas peregrinaciones a su tumba de Compostela. Industria hasta hace no muchos años totalmente desconocida la de los azabaches compostelanos, y que hoy se nos aparece como algo de un interés plástico extraordinario. Contémpense cualquiera de esas maravillosas figuras en azabache de Santiago Peregrino o de Santiago Matamoros, que se guardan en el Instituto de Valencia de Don Juan, y se advertirá con sorpresa la prodigiosa delicadeza con que están trabajadas y la deliciosa estilización de su diseño.

He aquí, pues, dos materiales que al ser utilizados por los viejos artífices españoles según las normas de estilo que seguía la gran escultura monumental, ofrecen un interés artístico de primer orden. Los azabaches compostelanos han sido más concretamente estudiados que los marfiles, por Osma, Drury Fortnum, Keller y López Ferreiro. No así la eboraria, que hasta ahora carecía de un sistemático estudio de conjunto. Por fortuna, he podido escribir que "hasta ahora", porque "ahora"—es decir, desde hace unas semanas—contamos con un libro sobre marfiles y azabaches españoles de máxima importancia: el de don José Ferrandis, catedrático de la Universidad Central.

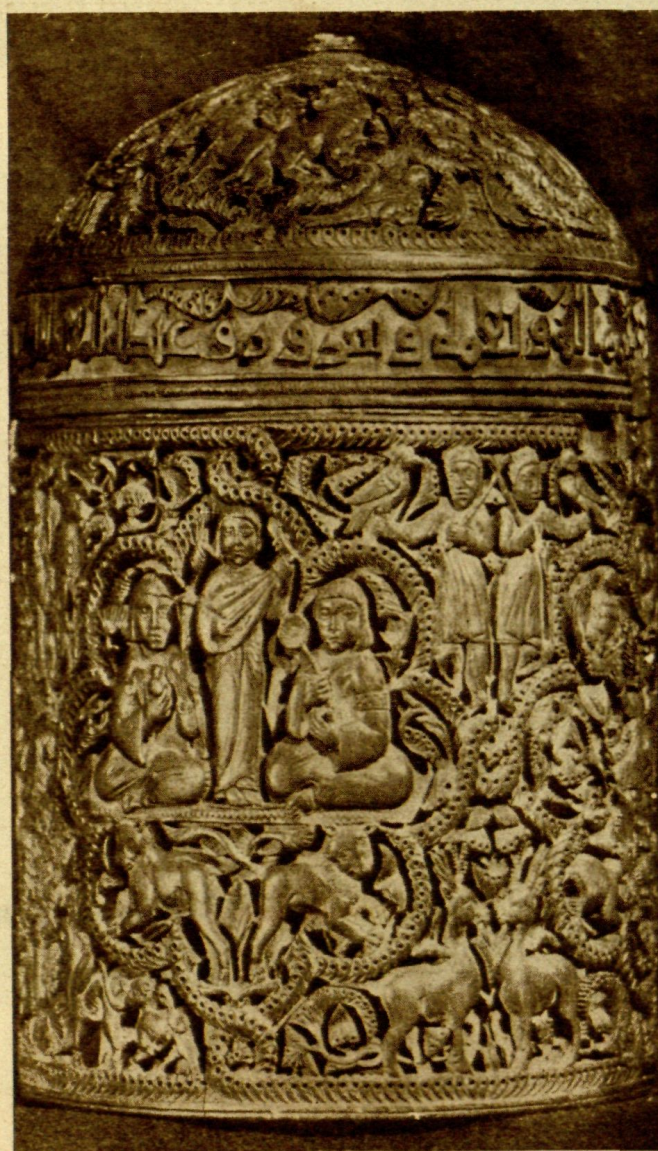
* * *

Hacia realmente falta un estudio en el que se siguiese con la mayor autoridad



1. Arqueta árabe del siglo X.

Museo de Artes Decorativas, París.



2. Bote Hispano-Arabe del siglo X.

Museo del Louvre.



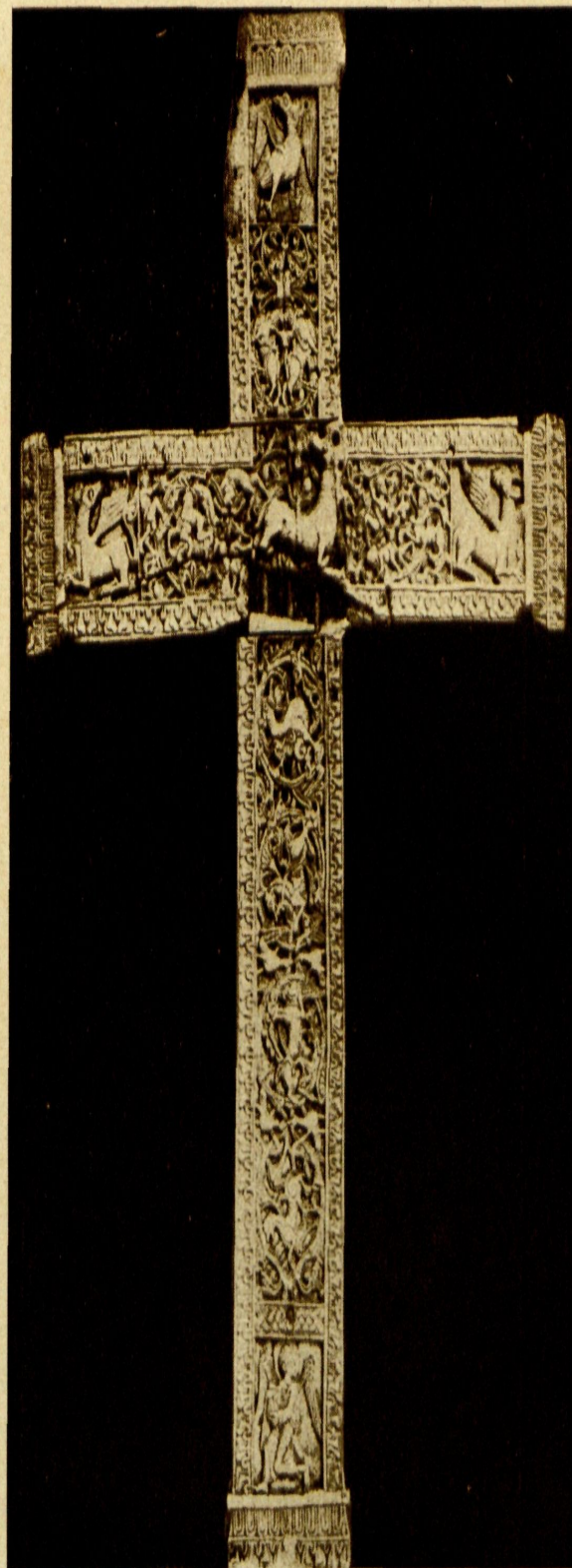
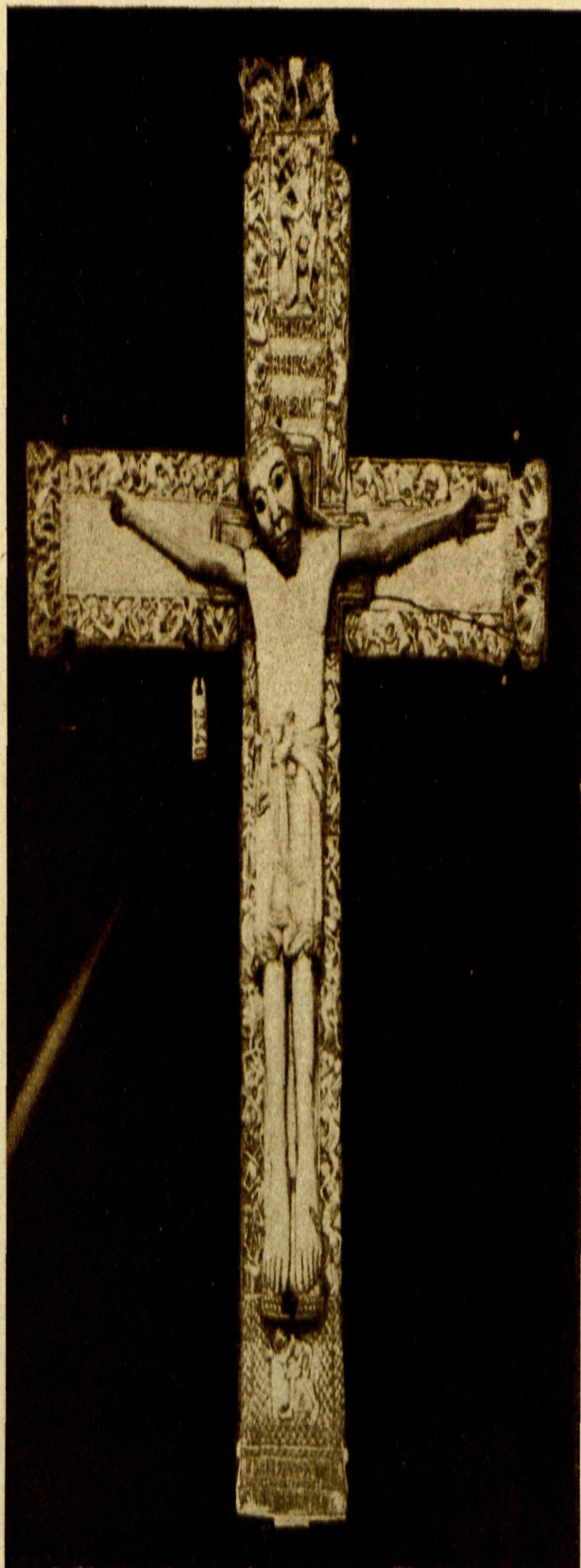
3. Plaquetas que componían una arqueta del siglo X.

Museo de Cluny-Paris.



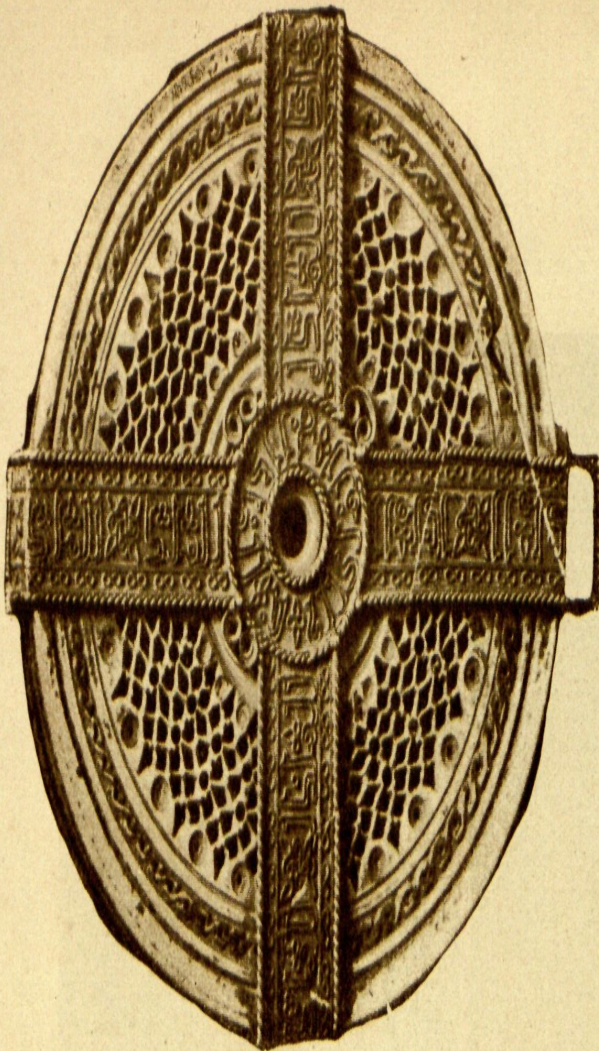
4. Arqueta románica de Fernando I.

Museo Arqueológico Nacional.



5 y 6. Crucifijo de Fernando I y Doña Sancha, procedente de San Isidoro de León.

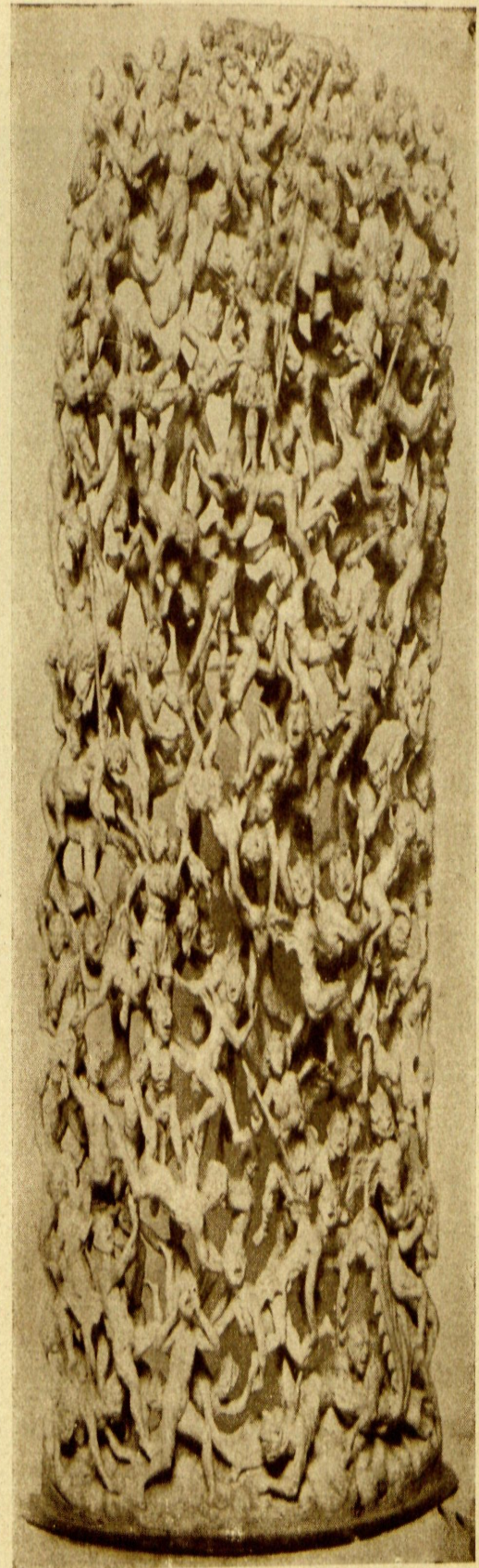
Museo Arqueológico Nacional.



7. Solero de una arqueta de marfil y plata. Siglo XIII.
Seo de Zaragoza.



9. Concha con imágenes de Santiago peregrino.
Instituto de Valencia de Don Juan.



8. Caída de los ángeles malos. Siglo XVIII. Fábrica del Retiro.
Museo Arqueológico Nacional.

científica la trayectoria seguida por la eboraria española. Teníamos trabajos sobre objetos aislados, referencias en otros libros, pero nos faltaba la obra en que se nos ofreciera un examen de conjunto. Pues bien; esta necesidad viene a satisfacerla del mejor modo el libro del señor Ferrandis. Hace éste una exposición detallada y certera de la historia de nuestra eboraria, y examina las obras más salientes con la enorme solvencia de su fina educación artística y de sus profundos conocimientos. El libro, pues—manual le llama su autor—, constituye algo que merece destacarse en la bibliografía artística española con grandes elogios que no son sino estricta justicia.

El valor señaladísimo del libro de Ferrandis responde por completo a lo que podría esperarse de la persona de su autor. Ferrandis, en efecto, no podía escribir más que un libro de primer orden como este. Y aun diré más: todo lo que escriba ha de tener por fuerza la excepcional calidad de la obra que estoy comentando, al menos que no sea—lo que ya es difícil—para superarla. Yo no temo nunca a hipotecar mi opinión cuando se afirma sobre auténticos valores. Y Ferrandis es uno de los más firmes y puros con que contamos. Me es muy grato proclamarlo así desde estas columnas, aun sabiendo—como sé—que ataco directamente una modestia de las más sinceras que conozco, amiga como pocas del recato y de la labor ferviente y silenciosa. Pero creo que en ciertos casos debe atacarse a la modestia por razones de utilidad pública: salgan a luz los valores verdaderos y procuremos desterrar los falsos para siempre.

El libro de don José Ferrandis, arqueólogo de mucho mérito, profesor de Numismática y Epigrafía en la Universidad Central, es un excelente ejemplo de libro didáctico. Pertenece a la serie de los manuales de la Colección Labor, que desde hace algún tiempo viene publicando tan notables monografías sobre la historia del arte español, y forma un volumen de unas 300 páginas con abundantes fotogra-

bados que reproducen las obras más interesantes en marfil o en azabache de la producción artística española. Ferrandis expone en él con un estilo claro y literario la historia de la eboraria española desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, y estudia las obras más salientes con gran precisión. Después trata en más breve espacio de los azabaches compostelanos, de los que hace historia y de cuyas características se ocupa en certeros capítulos.

La obra de Ferrandis aporta datos de gran valor para la eboraria, analiza las obras y fija su auténtica importancia, sus rasgos esenciales, sus influencias. Es, pues, una obra que viene a llenar lagunas, a precisar conceptos y noticias, a señalar puntos de vista desconocidos. Todo ello dicho con sencillez y claridad, con explicación que va siempre de la mano de la amenidad. Ferrandis es tan sencillo en su modo de exponer como en su trato personal. Cualidad inapreciable en un profesor. En su libro encontrará el lector familiarizado con las materias artísticas, datos nuevos y una visión de conjunto que le será muy útil, pero también el profano sentirá estimulada su curiosidad y no dejará el libro hasta el final, atraído por el interés siempre tenso de sus capítulos.

* * *

En la primera parte de su obra—esto es, la dedicada a los marfiles—comienza Ferrandis dándonos las precisas nociones preliminares sobre lo que es el marfil, su modo de trabajarlo, de lograr su policromía, etc. Después entra ya en el estudio de la eboraria española y señala los objetos prehistóricos trabajados en hueso y marfil que han llegado hasta nosotros: botones y peines de marfil, ídolos de hueso, etc. Ya más importantes son los marfiles fenicios encontrados en la Península, principalmente en Carmona, donde se hallaron objetos procedentes de un tocador femenino, y que nos muestran un arte en el que se mezclan elementos asirios y egipcios. Y de mayor interés aún son los

objetos púnicos encontrados en Numancia. En cuanto a los marfiles romanos, los más interesantes son los dípticos. Ferrandis apunta que las piezas de la eboraria romana influyeron en nuestros escultores medievales, como puede verse en las jambas de San Miguel de Linio.

Una de las partes de mayor interés del libro de Ferrandis es la relativa a los marfiles hispano-árabes, ya que la eboraria fué el arte industrial más desarrollado entre los musulmanes y llegó a superar en valor decorativo—dice Ferrandis—a la arquitectura y a las demás artes. Los marfiles hispano-árabes conservan la tradición bizantino-sasánida, tomada principalmente de las decoraciones de sus tejidos, y todos sus motivos decorativos hay que buscarlos en Oriente. Los árabes emplearon mucho el marfil para diversos objetos, principalmente las arquetas, y es de gran interés la serie de arquetas árabes de marfil que se han conservado en las iglesias cristianas como depositarias de reliquias. Ferrandis estudia con detalle las obras salidas de los talleres de Córdoba y Cuenca, y pasa después a examinar los marfiles mozárabes y románicos.

Al ocuparse de la eboraria románica, Ferrandis plantea el problema del origen del arte románico con gran acierto: "La base—afirma—sobre que se asienta el arte románico español y el francés es, sin duda alguna, la miniatura española." Ferrandis estudia de pasada las miniaturas de los "Beatos" y señala en ellos la aparición clara del estilo románico desde el siglo XI. El mismo Emile Mâle reconoce que las primeras creaciones de lo románico fueron debidas a la traducción en piedra de los "Beatos" españoles. Claro está que Mâle asigna a Francia la primacía de la escultura románica, mientras la tesis hispánica es defendida por Kingsley Porter. Para Ferrandis—mostrando aquí la importancia de sus puntos de vista—, el planteamiento del debatido problema de la escultura románica se relaciona con los marfiles. Según él, dicho problema debe plantearse del modo siguiente: "1.º La anti-

güedad de la miniatura—dice en su obra, págs. 129 y 130—sobre toda clase de esculturas, es un hecho que no admite dudas. 2.º *La primera traducción escultórica debió ser el marfil* (advierto que soy yo el que subraya), porque sus obras están fechadas hasta en 1059, anteriores, por consiguiente, a la gran escultura, y además en España era conocido en Córdoba y después en Cuenca el trabajo de esta materia; y 3.º De miniaturas y marfiles debieron copiarse las esculturas de piedra, que al principio fueron relieves y por lógica evolución se llegó a la escultura exenta."

Ferrandis cree, por tanto, que los marfiles debieron ser intermedios en la evolución al estudio de la forma, y señala que "así como hay esculturas copiadas de marfiles, no se da el caso contrario". Ferrandis analiza detenidamente en su manual los ejemplares de marfiles románicos, y estudia luego con más rapidez los góticos y los de los tiempos modernos.

* * *

Quien visite el Instituto de Valencia de Don Juan podrá apreciar las admirables realizaciones en azabache que allí se conservan, y quedará asombrado de la importancia de un arte que logró tal fuerza expresiva. Para mí, en efecto, los azabaches compostelanos que representan al Apóstol Santiago son algo maravilloso y de lo más interesante que puede contemplarse, por el fino gusto en la estilización que nos revelan. Júzguese, pues, de lo importante que debió ser y del grado de florecimiento alcanzado por el Gremio de los Azabacheros compostelanos en la época de las grandes peregrinaciones. Y es curioso señalar cómo la industria azabachera se había perdido en España, "hasta el extremo—dice Ferrandis—de no conocerse siquiera su existencia histórica". Sin embargo, los estudios, ya citados en este artículo, de Keller, Drury Fortnum, López Ferreiro, Villaamil y Castro y, sobre todo, de don Guillermo J. de Osma, que reunió en su fundación del Instituto de Valencia de Don Juan la colección más completa de azabaches

ches emblema de la peregrinación, los Santiagos Peregrinos y Matamoros, las conchas de azabache y los objetos de culto: cruces, portapaces, santos, medallas, etc.

Ferrandis resume y completa acertadamente en su libro lo que se sabe sobre la industria azabachera. Habla de la naturaleza del azabache y hace su historia, indicando la cualidad que se le atribuyó siempre de evitar el mal de ojo—lo que da origen a las "Higas"—, y la gran importancia que alcanzó en Compostela, donde se vendían como recuerdos a los romeros, hasta que esta industria decayó a fines del siglo XVI y principios del XVII. Después examina los objetos conservados: azaba-

El lector habrá podido darse cuenta en las líneas anteriores, donde he tratado de seguir al profesor Ferrandis en su examen de la eboraria y la azabachería española, de que los elogios que he tributado a su libro no carecen de fundamento. Este manual es, en efecto, uno de los libros de historia artística más sugestivos que pueden leerse. Para muchos ha de ser fuente inapreciable de conocimientos, de consulta y de guía.

Historia de Ntra. Sra. de Guadalupe... Escrita por el P. Fray Germán Rubio. Barcelona, Thomas, 1926. 572 páginas con grabados intercal. 4.º.

Bajo esta denominación ha reunido, en un pequeño volumen, nuestro consocio el ilustre profesor de Historia del Arte de la Escuela Superior del Magisterio, Sr. Vegue, estudios ya conocidos por anteriores publicaciones y que, en justicia, ha considerado dignos de recordación.

El nuevo y notable libro del P. Germán Rubio es tal vez la mejor y más documentada historia del monasterio de Guadalupe.

En efecto, cada uno de los temas tratados muestra distinta faceta de su sensibilidad artística, de sus aficiones literarias e históricas y de su claro estilo, exento del auxilio del diccionario para su comprensión, caso poco frecuente entre escritores modernistas. Algo muy distinto de lo que para él ha constituido el trabajo de crítica periodística, hecho siempre a la carrera, de impresión y teniendo en cuenta factores imposibles de esquivar, como son los provenientes de la amistad, la simpatía y hasta en ocasiones de la caridad. En ellos no hay frase irónica ni greguería de las que, en su conversación, siempre amena, gusta tanto mezclar en tertulias amistosas, más por hacer gala de su ingenio agudo que por mortificación personal, pues fuera de esos momentos de expansión, la benevolencia le caracteriza.

Trátase en él del origen legendario e histórico del viejo santuario, del desarrollo en su vida religiosa y civil; de su desenvolvimiento social, económico, científico, etc., así como el que tuvo en las artes e industrias; y por último de sus relaciones con los principales acontecimientos nacionales.

Por lo que se refiere a las instituciones guadalupenses se dan en esta obra curiosas noticias acerca de la enseñanza en Guadalupe haciendo destacar sus Colegios de Gramática y la famosa Escuela de Medicina y Cirugía.

En lo tocante a Bellas Artes, trata el autor extensamente de los alarifes y arquitectura del monasterio y de las señaladas obras de escultura y pintura que allí se conservan, pudiendo incluirse entre estas últimas los bellos códices miniados guadalupenses.

Esos temas de erudición y de sentimiento deben en su mayoría estar escritos en la Imperial Toledo, lugar donde naciera y donde la tranquilidad de la vida le permite esas sabrosas disquisiciones tras el afanoso ambular por sus calles y escondrijos, a que ha mostrado afición tan singular como digna de elogio, que le ha valido ser reconocido por la España culta como el guía más excepcional de la maravillosa ciudad por cuya vega corre el Tajo.—*J. E. del B.*

Y en cuanto se relaciona con las artes suntuarias e industriales, se reseñan detalladamente en su respectivo lugar los artífices que allí trabajaron, con sus maravillosas obras de orfebrería y rejería; sin omitir los ricos bordados procedentes muchos de ellos de la célebre escuela de bordadores del monasterio.

Finaliza el bien escrito libro, profusamente ilustrado con más de doscientos excelentes fotograbados, con el establecimiento en la Santa Casa de la orden y comunidad franciscana, cuyos padres vienen siendo, desde el año 1908, inteligentes conservadores de la admirable fábrica arquitectónica y celosos e insustituíbles custodios de su riqueza artística.

VIII SALON DE OTOÑO

POR PEDRO G. CAMIO

EN los Palacios del Retiro y durante el mes de octubre se ha celebrado el VIII Salón de Otoño que anualmente organiza la Asociación de Pintores y Escultores.

El conjunto de las obras expuestas alcanza la cifra de 364. Bastantes menos que en anteriores años. Lo cual no supone como alguien podría pensar, desvío de los artistas hacia el Salón. Ello es debido, en realidad, a que la época de recogida de obras es la menos propicia, ya que en el mes de septiembre la mayor parte de los artistas se encuentran veraneando, fuera de Madrid, y la acostumbrada apatía les hace quedar al margen de esta exhibición que nos ocupa. Así, pues, la regularidad en la cantidad de trabajos expuestos, no existe.

Pero lo que sí es claro y achacable a otras razones, es la carencia, cada vez más acentuada, de firmas consagradas. Precisamente uno de los reproches que se dirigen al Salón. Justamente, como en el actual Salón de Otoño de París. Ahora que, en el francés justifica esa ausencia no sólo el deplorable—aunque democrático—sistema de colocación por orden alfabético, sino la enorme cantidad de galerías particulares en las cuales el artista puede exponer su labor, sin temor a contactos desfavorables. Pero en Madrid, no sucede así. Bien al contrario, el ambiente artístico madrileño se va reduciendo a tal punto que, de seguir así, dentro de tres o cuatro años será indigno de la capital de España. Cuando se ve cómo aquí pueden contarse con los dedos de una mano—y sobran dedos—los salones de exposición, en tanto que ciudades como Barcelona y Bruselas—por no citar París o Munich—no cuen-

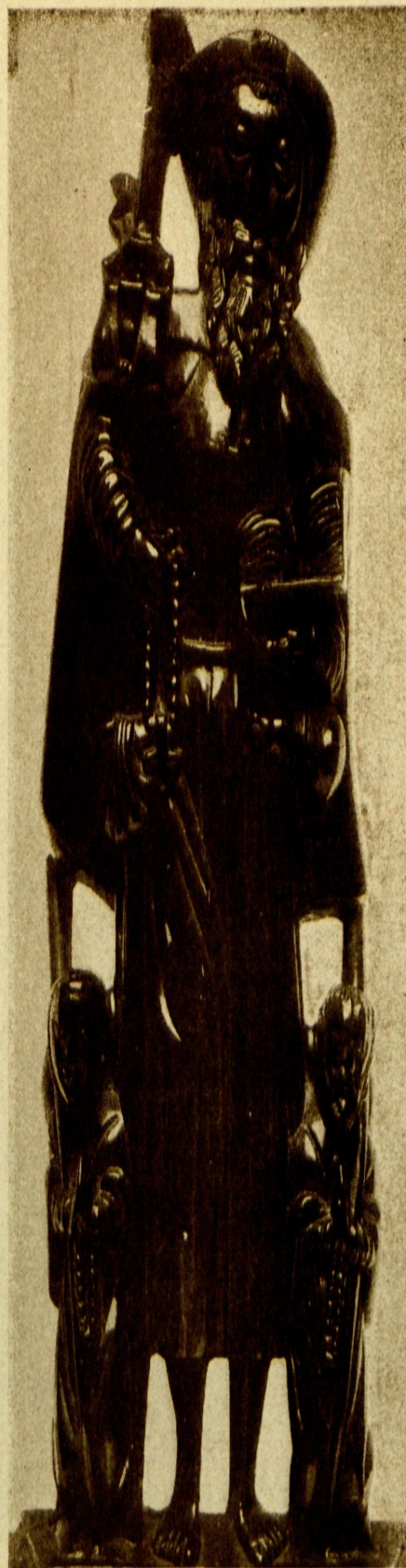
tan con menos de quince o veinte exposiciones abiertas diariamente; cuando es innegable que a Madrid siguen acudiendo artistas de toda la nación a la conquista del prestigio; después de visto esto, decimos, el fenómeno debe achacarse a otras razones distintas. Y una de ellas es la siguiente: La crítica siempre presta atención, y hasta se excede en el elogio, a toda exhibición personal. El artista, pues, cuenta con que su obra, en ningún caso, pasa desapercibida. Lo menos a que tiene derecho, dado que el vender en Madrid es algo muy difícil, por no decir imposible. Esa misma crítica, cuando se trata de exposiciones colectivas (Salones de Otoño o Exposiciones Nacionales) procede de modo contrario. El más absoluto desdén es lo que merece la obra del artista, bien a menudo elogiado en exhibiciones personales. No censuraremos este modo de actuar nuestros críticos, pero sí señalaremos el contraste. Ello explica el porqué de esas ausencias lamentables. Antes podían ser achacadas a que toda obra presentada podía ser expuesta. Con lo que, lógicamente, abundaban excesivamente las muestras de la ignorancia más absoluta. Tal libertad era precisa para que los grupos llamados de vanguardia no hallaran obstáculos. Hoy, se ha creado el Jurado de admisión. Y así, ya seguros los "avanzados" de la buena acogida que se les dispensará, se evita el que acudan los "aficionados domingueros", que dice Mauclair.

Pero, en este VIII Salón de Otoño, ni aficionados, ni vanguardia, ni, apenas, grandes prestigios. Quedan, tan sólo, los jóvenes que luchan en el campo "normal", podríamos decir, del arte. Precisamente, en nuestra opinión, los más interesantes.



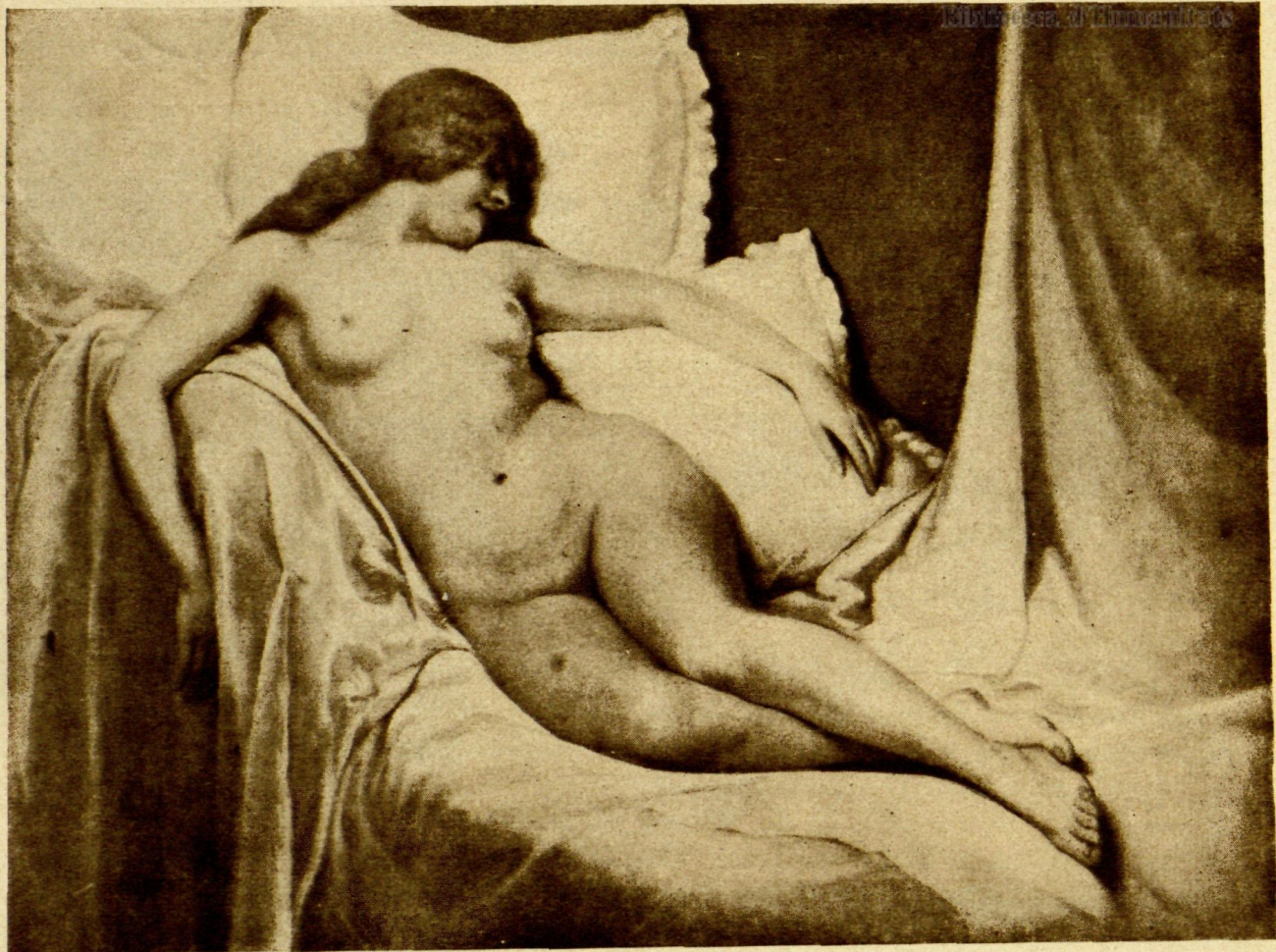
10. Imagen de Santiago matamoros. Siglo XVII

Instituto de Valencia de Don Juan.



11. Imagen de Santiago peregrino con ofrendas.

Instituto de Valencia de Don Juan.



Salón de Otoño.—Rafael Argelés: "Desnudo".



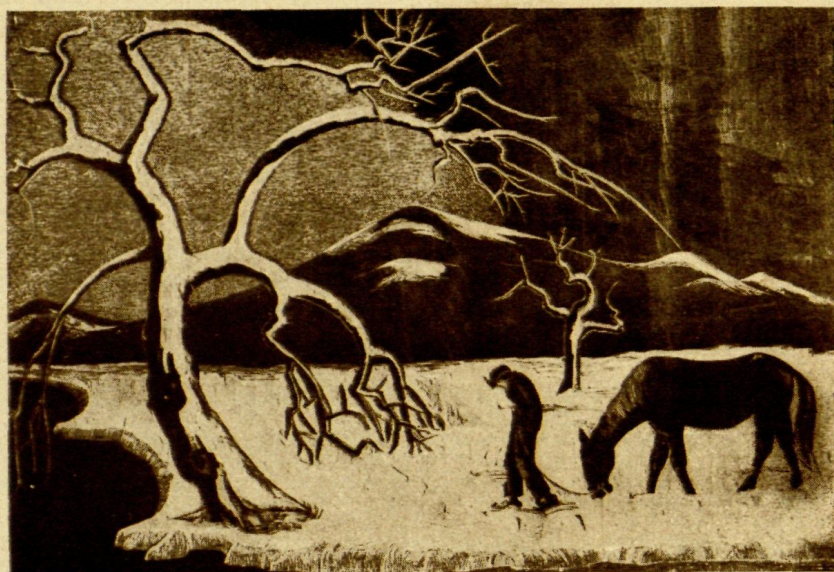
Salón de Otoño.—Cayo Guadalupe: "Paisaje".



Salón de Otoño.—Pedro Antonio: "Viendo la Procesión".



Salón de Otoño.—Peresejo: "Ensueño". Mármol.



Salón de Otoño.—Essers: "El Invierno". Sección Holandesa.



Salón de Otoño.—Serra Farnés: "La Huerta".

Porque si algún prestigio artístico tiene hoy España en el mundo, es debido no a Picasso y secuaces, sino a Sorolla, Anglada, Mezquita y otros. Estos son los que caracterizan nuestro arte. Los otros son productos que se encuentran exactamente igual en París que en Polonia o la Argentina. Y entre estos artistas jóvenes—y, muchos, ya maestros—citemos: Serra Farnés, cuyos paisajes son de una sorprendente delicadeza de matiz; Rafael Argelés, con cinco obras en que muestra su extraordinaria agilidad técnica; Soria Aedo, con su sabor clásico, al igual que Pedro Antonio; Bernabeu, con su espléndido paisaje mallorquín; Almela Costa, con una clara, vibrante y dificultosa nota de color que titula "Tejados menorquines"; Oliveras, con un luminoso paisaje de Toledo; Valls y Mir de Xexás, representando en el Salón a la escuela olotina; Tarrasó, desconocido, hasta ahora, en Madrid, con unos fuertes y sólidos bodegones, en el género de los que tanta fama han dado a Raurich; Marced, mostrando un rápido avance sobre obras anteriores; Suárez Peregrín, promesa de un buen artista cuando dé de lado las influencias de Morcillo. Y ya que hemos comenzado a señalar obras de la Sección de pintura, anotemos los dos finos lienzos de Julio Moisés; las obras de clara y noble estirpe valenciana, de Peris Brell; los paisajes del veterano Espina y Capo, Santa María y Gómez Alarcón; el desnudo de Juan Francés; los cuadros de Jaldón y Llasera; las cálidas notas de playa de Masrera; el retrato pictórico de Marín Higuero; la marina de Martínez Cubells. Y, aún, obras notables de Abelenda, Romero de Tejada, Castaño, Covarsí, Ferrer, Angel de la Fuente, Domenech, Harvey, Nájera, Juan Miguel Jiménez, el argentino Larrañaga, Lozano Sidro, Maeztu, Machuca, Navas Linares, Roig Asuar, Rubio, Seijo Rubio, Torre Estefanía y García Martínez.

Como puede colegirse por los nombres indicados, un conjunto lo bastante interesante para que el público haya visitado el Salón con la misma asiduidad que en anteriores años.

La llamada "Sala de recuerdos" se ha dedicado este año al pintor aragonés de nacimiento, pero de estirpe catalana, Cayo Guadalupe. Fino y delicado pintor de flores que habrá sido una revelación para los que le desconocían. Nosotros aun recordamos con gusto su exposición en el Salón Nancy, realizada hace unos cuantos años.

Citemos, en Escultura, obras notables de Peresejo, Chicharro Gamo, Torre Isunza, Palma, Mariano Rubio, Luis Benedito, "Compostela", Amaya y Florentino del Pilar. Aún, relieves decorativos de Boix; carteles de Pedraza (padre e hijo), esmaltes de Arnal y grabados de Pedraza Ostos, Espina y Capo, Reyes y Saurí.

Por último, y para no hacer más largas estas líneas, anotemos el envío de los grabadores holandeses. Porque la Asociación de Pintores y Escultores procura siempre que en todo Salón de Otoño figuren secciones extranjeras. Han desfilado por el Salón, sucesivamente, pintores y grabadores italianos, grabadores franceses, pintores y grabadores argentinos, y ahora, grabadores holandeses.

Un conjunto, el de éstos, integrado por 59 obras (casi todas en madera) debidas a doce autores: Van der Vossen, Essers, Biebling, Chris Lebeau, Fokko Mees, van der Hoef, van Veen, Sengers, Alma, van Uytvanck, van der Stok y van Heudsen. Como se ve, faltan firmas importantes (Konijnenburg, Bauer...) pero, sin embargo, los antes citados son bastantes a dar una idea precisa de las orientaciones del arte del grabado en Holanda. Obras que unas veces siguen la trayectoria expresionista o futurista, o el extraño simbolismo del gran Toorop.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

S. M. EL REY, PRESIDENTE DE HONOR.—S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL, PRESIDENTE DE LA JUNTA DE PATRONATO.—SOCIO HONORARIO, EXCMO. SEÑOR D. SANTIAGO ALBA BONIFAZ.—PRESIDENTE DE LA JUNTA DIRECTIVA, EXCELENTÍSIMO SR. DUQUE DE ALBA.—SECRETARIOS, SEÑORES MARQUES DE PONS Y CONDE DE POLENTINOS.

SOCIOS PROTECTORES

SEÑORES:

Alba, Duque de.
Alba, Duquesa de.
Aliaga, Duque de.
Almenas, Conde de las.
Amboage, Marqués de.
Arcos, Duque de.
Ayuntamiento de Madrid.
Baüer Landaüer, D. Ignacio.
Beistegui, D. Carlos de.
Berternati, Marqués de.
Castillo Olivares, D. Pedro del.
Cebrián, D. Juan C.
Comillas, Marquesa de.
Eza, Vizconde de.
Finat, Conde de.
Genal, Marqués del.
Harris, D. Lionel.
Ivanrey, Marqués de.
Lerma, Duquesa de.
Mandas, Duque de.
Max Hohenlohe Langenburg, Princesa.
Mortera, Conde de la.
Medinaceli, Duque de.
Parcent, Duquesa de.
Plandiura, D. Luis.
Pons, Marqués de.
Rodríguez, D. Ramón.
Romanones, Conde de.
Valverde de la Sierra, Marqués de.

SOCIOS SUSCRIPTORES

SEÑORES:

Abarzuza, D. Felipe.
Acevedo, doña Adelia A. de.
Aguar, Conde de.
Aguilar, D. Florestán.
Alacuás, Barón de.
Albiz, Conde viudo de.
Alburquerque, D. Alfredo de.
Alcántara Montalvo, D. Fernando.
Aledo, Marqués de.
Alesón, D. Santiago N.
Alella, Marqués de.
Alhucemas, Marqués de.
Almenara Alta, Duque de.
Almunia, Marqués de la.
Alonso Martínez, Marqués de.
Alos, Nicolás de.
Alvarez Net, D. Salvador.
Alvarez de Sotomayor, D. Fernando.
Allende, D. Tomás de.
Amezua, D. Agustín G. de.
Amigos del Arte, de Buenos Aires, Sociedad de.
Amurrio, Marquesa de.
Amposta, Marqués de.
Arana, doña Emilia de.

Araujo Costa, D. Luis.
Arco, Duque del.
Ardanaz, D. Luis de.
Argüelles, Srta. Isabel.
Argüeso, Marqués de.
Argüeso, Marquesa de.
Aristizabal, D. José Manuel de.
Arpe y Retamino, Manuel de.
Artaza, Conde de.
Artífano, D. Pedro M. de.
Artífano, D. Gervasio de.
Arriluce de Ibarra, Marqués de.
Asúa, D. Miguel de.
Ateneo de Cádiz.
Ateneo de Soria.
Aycinena, Marqués de.
Azara, D. José María de.
Bandelac de Pariente, D. Alberto.
Bárcenas, Conde de las.
Barnés, D. Francisco.
Barrio de Silvela, D.ª María.
Bascaran, D. Fernando.
Bastos de Bastos, doña María Consolación.
Bastos Ansart, D. Francisco.
Bastos Ansart, D. Manuel.
Baüer, doña Olga Gunzburg de.
Baüer, doña Rosa, viuda de Landaüer.
Beltrán y de Torres, Don Francisco.
Benedito, D. Manuel.
Benjumea, D. Diego.
Bernabeu de Yeste, D. Marcelo.
Bernar y de las Casas, Don Emilio.
Belda, D. Francisco.
Bellamar, Marqués de.
Bellido, D. Luis.
Benlliure, D. Mariano.
Benlloch, D. Matías M.
Bellver, Vizconde de.
Bermúdez de Castro Feijóo, señorita Pilar.
Bertrán y Musitu, D. José.
Bérriz, Marqués de.
Biblioteca del Museo de Arte Moderno.
Biblioteca del Nuevo Club.
Biblioteca del Real Palacio.
Biblioteca del Senado.
Bilbao, D. Gonzalo.
Biñasco, Conde de.
Birón, Marqués de.
Bivona, Duquesa de.
Blanco Soler, D. Luis.
Blay, D. Miguel.
Bofill Laurati, D. Manuel. (Barcelona.)
Boix y Merino, D. Félix.
Bolí, D. Manuel.
Bosch, doña Dolores T., viuda de.
Bóveda de Limia, Marqués de.
Bruguera y Bruguera, Don Juan.
Cabarrús, Conde de.
Cabello y Lapiedra, D. Luis María.

Cabrejo, Sres. de.
Cáceres de la Torre, D. Toribio.
Calleja, D. Saturnino.
Campomanes, doña Dolores P.
Canthal, D. Fernando.
Canthal, Viuda de.
Cardenal de Iracheta, Don Manuel.
Cardona, Srta. María.
Carles, D. D. Barcelona.
Carro García, D. Jesús.
Casajara, Marqués de.
Casa Puente, Condesa viuda de.
Casa Torres, Marqués de.
Casa Rul, Conde de.
Casal, Conde de.
Casal, Condesa de.
Castañeda y Alcover, Don Vicente.
Castell Bravo, Marqués de.
Castillo, D. Antonio del.
Castilleja de Guzmán, Condesa viuda de.
Cavestany y de Anduaga, don Alvaro.
Cavestany y de Anduaga, don José.
Cavestany y de Anduaga, don Julio.
Caviedes, Marqués de.
Cayo del Rey, Marqués de.
Cebrián, D. Luis.
Cedillo, Conde de.
Cenia, Marqués de.
Cervantes y Sanz de Andino, don Javier.
Cerragería, Conde de.
Cerragería, Condesa de.
Céspedes, D. Valentín de.
Cierva y Peñafiel, D. Juan de la.
Cimera, Conde de la.
Cincunegui y Chacón, D. Manuel.
Círculo de Bellas Artes.
Clot, D. Alberto.
Coll Porlabella, D. Ignacio.
Comisión Provincial de Monumentos de Sevilla.
Corbí y Orellana, D. Carlos.
Cortejarena, D. José María de.
Correa y Alonso, D. Eduardo.
Cos, D. Felipe de.
Cortés, doña Asunción.
Conradi, D. Miguel Angel.
Conte Lacave, D. Augusto José.
Coronas y Conde, D. Jesús.
Cortezo y Collantes, Don Gabriel.
Coullaut Valera, D. Lorenzo.
Cuba, Vizconde de.
Cuesta Martínez, D. José.
Cuevas de Vera, Conde de.
Chacón y Calvo, D. José María.
Champourcín, Barón de.
Chicharro, D. Eduardo.
Churruca, D. Ricardo.
Dangers, D. Leonardo.
Dato, Duquesa de.

Decref, Doctor.
 Des Allimes, D. Enrique.
 Díaz Agero, D. Prudencio.
 Díaz de Mendoza, D. Fernando.
 Díez de Rivera, D. José.
 Díez de Rivera, D. Ramón.
 Díez Rodríguez, D. Hipólito.
 Díez, D. Salvador.
 Domenech, D. Rafael.
 Domínguez Carrascal, don José.
 Durán Salgado y Lóriga, D. Miguel.
 Echeandía y Gal, D. Salvador.
 Echevarría, D. Juan de.
 Echevarría, D. Federico.
 Echevarría, D. Venancio Bilbao.
 Eggeling Von, D.^a Ana-María.
 Escoriaza, D. José María de.
 Escoriaza, D. Manuel.
 Escoriaza, Vizconde de.
 Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Granada.
 Escuela de Artes y Oficios de Logroño.
 Escuela de Bellas Artes, de Olot.
 Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado. Madrid.
 Escuela Superior del Magisterio.
 Erices, Conde de.
 Esteban Collantes, Conde de.
 Eza, Vizconde de.
 Ezpeleta, D. Luis de.
 Ezquerro del Bayo, D. Joaquín.
 Falcó y Alvarez de Toledo, Señorita Livia.
 Fernán Núñez, Duque de.
 Fernández Acevedo, D. Modesto.
 Fernández Alvarado, D. José.
 Fernández de Castro, D. Antonio.
 Fernández Clérigo, D. José María.
 Fernández de Navarrete, doña Carmen.
 Fernández Novoa, D. Jaime.
 Fernández Sampelayo, D. Dionisio.
 Fernández Tejerina, D. Mariano.
 Fernández Villaverde, D. Raimundo.
 Ferrándiz y Torres, D. José.
 Ferrer y Cagiga, D. Angel.
 Ferrer Güell, D. Juan.
 Figueroa, Marqués de.
 Flores Dávila, Marqués de.
 Flores Urdapilleta, D. Antonio.
 Flores, D. Ramón.
 Foronda, Marqués de.
 Fuertes, Srta. Rosario.
 Gálvez Ginachero, D. José.
 García Conday, D. Julio.
 García-Diego de la Huerga, Don Tomás.
 García Guereta, D. Ricardo.
 García Guijarro, D. Luis.
 García de Leániz, D. Javier.
 García Moreno, D. Melchor.
 García Palencia, Sra. viuda de.
 García de los Ríos, D. José María.
 García Rico y Compañía.
 García Tapia, D. Eduardo.
 Garnelo y Alda, D. José.
 Gayangos, viuda de Serrano, doña María de.
 Gil e Iturriaga, Don Nicolás María.
 Gil Moreno de Mora, D. José P.
 Gimeno, Conde de.

Giner Pantoja, D. José.
 Gómez Acebo, D. Miguel.
 Gomis, D. José Antonio.
 González y Alvarez Osorio, don Aníbal.
 González Castejon, Marqués de.
 González Castejon, Marquesa de.
 González y García, D. Generoso.
 González, D. Mariano Miguel.
 González de la Peña, D. José.
 González Simancas, D. Manuel.
 Gordón, D. Rogelio.
 Gramajo, doña María Adela A. de.
 Granda, Buyla, D. Félix.
 Gran Peña.
 Granja, Conde de la.
 Groizard Coronado, D. Carlos.
 Guardia, Marqués de la.
 Güell, Barón de.
 Güell, Vizconde de.
 Guerrero Strachan, D. Fernando.
 Guijo, Srta. Enriqueta.
 Guisasola, D. Guillermo.
 Gutiérrez y Moreno, D. Pablo.
 Habana, Marqués de la. (Sevilla).
 Heras, D. Carlos de las.
 Hermoso, D. Eugenio.
 Heredia Spínola, Conde de.
 Herráiz y Compañía.
 Herrero, D. José J.
 Hidalgo, D. José.
 Hoyos, Marqués de.
 Hueter de Santillán, Marqués de.
 Huerta, D. Carlos de la.
 Hueso Rollan, D. Francisco.
 Huguet, doña Josefa.
 Hurtado de Amézaga, D. Luis.
 Hyde, Mr. James H.
 Ibarra y Osborne, D. Eduardo de. (Sevilla).
 Infantas, Conde de las.
 Instituto de Historia del Arte de la Universidad de Tubingen.
 Institut of, The Art.
 Iturbe, viuda de Béistegui, doña Dolores de.
 Izquierdo y de Hernández, don Manuel.
 Jiménez de Aguilar, D. Juan.
 Jiménez García de Luna, don Eliseo.
 Jura Real, Marqués de.
 Kocherthaler, D. Kuno.
 Laan, D. Jacobo.
 La Armería, Vizconde de.
 Lafora y Calatayud, D. Juan.
 Laiglesia, D. Eduardo de.
 Lamadrid, Marqués de.
 Lambertze Gerbeviller, Marqués de.
 Lanuza, D. Adriano M.
 Laporta Boronat, D. Antonio.
 Laredo Ledesma, D. Luis E.
 Laufer, D. Carlos.
 Leguina, D. Francisco de.
 Leis, Marqués de.
 Leland Hunter, M. George.
 Lezcano, D. Carlos.
 Lédoux, Mr. Frédéric.
 Linaje, D. Rafael.
 Linde, Baronesa de la.
 Londaiz, D. José Luis.
 López, D. Fernando.
 López Alfaro, D. Pedro.
 López Enríquez, D. Manuel.
 López-Fontana Arrazola, D. Mariano.

López Robert, D. Antonio de Barcelona.
 López Soler, D. Juan.
 López Suárez, D. Juan.
 López Tudela, D. Eugenio.
 Lonring, D. Fernando.
 Luque, doña Carmen, viuda de Gobart.
 Luxán y Zabay, D. Pascual.
 Lladó, D. Luis.
 Llanos y Torriglia, D. Félix de.
 Llorens, D. Francisco.
 Macaya, D. Alfonso.
 Macaya, D. Román.
 Maceda, Conde de.
 Magdalena, D. Deogracias.
 Maldonado, doña Josefa.
 Manso de Zúñiga, doña Amalia.
 Marañón, D. Gregorio.
 Marañón Posadillo, D. José María.
 Marco Urrutia, D. Santiago.
 Marfá, D. Juan Antonio. Barcelona.
 Marichalar, D. Antonio.
 Marinas, D. Aniceto.
 Marín Magallón, D. Manuel.
 Mariño González, D. Antonio.
 Martí, D. Ildefonso.
 Martí Gispert, D. Pablo.
 Martí Mayobre, D. Ricardo.
 Martínez Garcimartín, D. Pedro.
 Martínez y Martínez, D. Francisco.
 Martínez y Martínez, D. José.
 Martínez de Pinillos, D. Miguel.
 Martínez de Hoz, doña Julia Helena A.
 Martínez de la Vega y Zegrí, D. Juan.
 Martínez Roca, D. José.
 Mascarell, Marqués de.
 Massenet, D. Alfredo.
 Mayo de Amézua, doña Luisa.
 Maza, Condesa de la.
 Medinaceli, Duquesa de.
 Megías, D. Jerónimo.
 Meléndez, D. Julio B.
 Meléndez, D. Ricardo.
 Melo, D. Prudencio.
 Méndez Casal, D. Antonio.
 Mendizábal, D. Domingo.
 Messenger, D. Otto E.
 Mérida y Díaz, D. Miguel de.
 Michaud, D. Guillermo.
 Miguel González, D. Mariano.
 Miquel Rodríguez de la Encina, D. Luis.
 Miralles de Imperial, Don Clemente.
 Miranda, Duque de.
 Molina, D. Gabriel.
 Moltó Abad, D. Ricardo.
 Monteflorido, Marqués de.
 Montellano, Duque de.
 Montortal, Marqués de.
 Montenegro, D. José María.
 Monserrat, D. José María.
 Montesa, Marqués de.
 Montilla y Escudero, D. Carlos.
 Mooser de Pedraza, doña Dorothea.
 Mora y Abarca, César de la.
 Morales Acevedo, D. Francisco.
 Moral, Marqués del.
 Morales, D. Gustavo.
 Moreno Carbonero, D. José.
 Morenés y Arteaga, Srta. Belén.
 Muguiro, Conde de.
 Muguiro y Gallo, D. Rafael de

Muntadas y Rovira, D. Vicente.
Muñiz, Marqués de.
Museo del Greco.
Museo Municipal de San Sebastián.
Museo Nacional de Artes Industriales.
Museo del Prado.
Murga, D. Alvaro de.
Navarro y Morenés, D. Carlos.
Navas, D. José María.
Nárdiz, D. Enrique de.
Obispo de Madrid-Alcalá.
Ojesto, D. Carlos de.
Olanda, D. Luis.
Olaso, Marqués de.
Olivares, Marqués de.
Ors, D. Eugenio de.
Ortiz y Cabana, D. Salvador.
Ortiz Cañavate, D. Miguel.
Ortiz Echagüe, D. Antonio.
Ortiz de la Torre, D. Alfonso.
Ortiz de la Torre, D. Eduardo.
Palencia, D. Gabriel.
Palmer, Srta. Margaret.
Páramo, D. Platón.
Páramo y Barranco, D. Anastasio.
Peláez, D. Agustín.
Pemán y Pemartín, D. César.
Penard, D. Ricardo.
Peña Ramiro, Conde de.
Peñuelas, D. José.
Perera y Prats, D. Arturo.
Pérez Bueno, D. Luis.
Pérez Gil, D. Juan.
Pérez Gómez, D. Eloy.
Pérez Linares, Francisco.
Pérez Maffei, D. Julio.
Peromoro, Conde de.
Picardo y Blázquez, D. Angel.
Picardo y Blázquez, D. Luis.
Piedras Albas, Marqués de.
Pinohermoso, Duque de.
Piñar y Pickman, D. Carlos. (Sevilla).
Pío de Saboya, Príncipe.
Plá, D. Cecilio.
Polentinos, Conde de.
Prast, D. Carlos.
Prast, D. Manuel.
Prías, Conde de.
Prieto, D. Gregorio.
Proctor, D. Loewis J.
Proctor, señora de.
Pulido Martín, D. Angel.
Quintero, D. Pelayo. (Cádiz.)
Rafal, Marquesa del.
Rambla, Marquesa viuda de la.
Ramos, D. Pablo Rafael.
Ramos, D. Francisco.
Real Aprecio, Conde del.
Real Círculo Artístico de Barcelona.
Regueira, D. José.
Retana y Gamboa, D. Andrés de.
Retortillo, Marqués de.
Revilla, Conde de.
Revilla de la Cañada, Marqués de.
Riera y Soler, D. Luis. (Barcelona).
Rincón, Condesa del.
Río Alonso, D. Francisco del.
Riscal, Marqués del.
Roca de Togores, doña Encarnación.
Roda, D. José de.
Rodríguez, Marqués de la.

Rodríguez, D. Antonio Gabriel.
Rodríguez, D. Bernardo.
Rodríguez Delgado, D. Joaquín.
Rodríguez, Hermanos R.
Rodríguez López, D. José.
Rodríguez Marín, D. Francisco.
Rodríguez Rojas, D. Félix.
Roldán Guerrero, D. Rafael.
Romana, Marqués de la.
Rosales, D. José.
Ruano, D. Francisco.
Ruano, D. Pedro Alejandro.
Ruiz y Ruiz, D. Raimundo.
Ruiz Senén, D. Valentín.
Sáenz de Santa María de los Ríos, D. Luis.
Sáinz Hernando, D. José.
Salamanca, Marquesa de.
Salas, D. Carlos de.
Saltillo, Marqués del.
Sáinz de los Terreros, D. Luis.
Sanahuja, D. Euvaldo.
San Alberto, Vizconde de.
San Clemente, Conde de.
San Esteban de Cañongo, Conde de.
San Juan de Piedras Albas, Marqués de.
San Luis, Condesa de.
San Pedro de Galatino, Duquesa de.
Sanginés, D. Pedro.
Sanginés, D. José.
Sangro y Ros de Olano, Pedro.
Sánchez Cantón, D. Francisco J.
Sánchez Guerra Martínez, D. José.
Sánchez de Rivera, D. Daniel.
Sánchez de Toledo, D. Valentín.
Sánchez de León, D. Juan. (Valencia).
Santa Cruz, Srta. Milagros.
Santa Elena, Duquesa de.
Santa Lucía, Duque de.
Santo Mauro, Duquesa de.
Saracho, D. Emilio.
Sardá, D. Benito.
Sastre Canet, D. Onofre.
Sanz, D. Luis Felipe.
Segur, Barón de.
Sentmenat, Marqués de.
Sert, D. Domingo.
Serrán y Ruiz de la Puente, don José.
Scherer, D. Hugo.
Schlayer, D. Félix.
Schumacher, D. Adolfo.
Sicardo Jiménez, D. José.
Silvela, D. Jorge.
Silvela y Casado, D. Mateo.
Silvela Corral, Agustín.
Sirabegne, Luis.
Sizzo-Noris, Conde de.
Soler y Damians, D. Ignacio.
Solaz, D. Emilio.
Sota Aburto, D. Ramón de la.
Sotomayor, Duque de.
Suárez-Guanes, D. Ricardo.
Suárez de Ortiz, doña Carmen.
Suárez Pazos, D. Ramón.
Sueca, Duquesa de.
Tablantes, Marqués de. (Sevilla).
Taboada Zúñiga, D. Fernando.
Tejera y Magnin, D. Lorenzo de la.
Terol, D. Eugenio.
The Art Institut of Chicago.
Thomas, Mr. H. G. Cambridge.
Toca, Marqués de.
Tormo, D. Elías.

Torralba, Marqués de.
Torres y Angolotti, D. José María de.
Torroba, D. Juan Manuel.
Torre Arias, Condesa de.
Torrecilla y Sáenz de Santa María, D. Antonio de.
Torrehermosa, Marqués de la.
Torrejón, Condesa de.
Torres de Mendoza, Marqués de.
Torres Reina, D. Ricardo.
Torres de Sánchez Dalp, Conde de las.
Travesedo y Fernández Casariego, D. Francisco.
Trenor Palavicino, D. Fernando.
Ullmann, D. Guillermo.
Universidad Popular Segoviana.
Urcola, doña Eulalia de.
Urquijo, Conde de.
Urquijo, Marquesa de.
Urquijo, Marqués de.
Urquijo, D. Tomás de.
Urzaiz y Salazar, D. Isidoro de.
Valdeiglesias, Marqués de.
Vado, Conde del.
Valverde de la Sierra, Marqués de.
Valle y Díaz-Uranga, D. Antonio del.
Valle de Pendueles, Conde de.
Vallín, D. Carlos.
Valléllano, Conde de.
Vallespinosa, D. Adolfo.
Van Dulken, D. G.
Van Eeghem, D. Cornelio.
Varela, D. Julio.
Vega de Anzó, Marqués de la.
Vega Inclán, Marqués de la.
Velada, Marqués de.
Velarde Gómez, D. Alfredo.
Velasco y Aguirre, D. Miguel.
Valderrey, Marqués de.
Vegue y Goldoni, D. Angel.
Velasco y Sánchez Arjona, don Clemente de.
Veragua, Duque de.
Verástegui, D. Jaime.
Vía Manuel, Condesa de.
Viana, Marquesa de.
Victoria de las Tunas, Marqués de.
Vilanova, Conde de.
Villa Antonia, Marqués de la.
Villafuerte, Marqués de.
Villagonzalo, Conde de.
Villahermosa, Duque de.
Villamantilla de Perales, Marqués de.
Villanueva de las Achas, Condesa de.
Villa-Urrutia, Marqués de.
Villar Grangel, D. Domingo.
Villares, Conde de los.
Villarrubia de Langre, Marqués de.
Vindel Angulo, D. Pedro.
Viguri, D. Luis R. de.
Viudas Muñoz, D. Antonio.
Weibel de Manoel, D. Eduardo.
Weissberger, D. Herberto.
Weissberger, D. José.
Yárnaz Larrosa, D. José.
Yecla, Barón de.
Zárate, D. Enrique. (Bilbao).
Zubiría, Conde de.
Zomeño Cobo, D. Mariano.
Zomeño Cobo, D. José.
Zuloaga, D. Juan.
Zumel, D. Vicente.
Zurgena, Marqués de.



